

GENII

sociología
ciencia - literatura

Sumario

Germinal Esgleas: La Iglesia y España.—Ramón Sender: Los libros y los días. Halldor K. Laxness, Premio Nóbel 1955.—Costa Iscar: Igualdad y Libertad.—Roberto das Neves: Vidas ejemplares. Tomaz da Fonseca.—Tomaz da Fonseca: Los humildes.—Germán Arciniegas: Con pluma ajena. Otra vez Páramo.—André Proudhommeaux: Del cientifismo a la tecnocracia.—Profesor Samuel Velasco y Ullamas: Cuestiones pedagógicas. La educación de la niñez.—Federica Montseny. Cuentos de la noche. Los juegos del amor.—Adolfo Hernández: Drama. Diálogos de todos los tiempos.—J. Pérez Guzmán: Las pulvoredas mortales.—Vladimir Muñoz: Por los caminos de la anarquía.—Han Ryner: La Grecia Libertaria (Historia y crítica). Folletón encuadernable.

PERO
1956
62

Revista Mensual

PRECIO: 80 FRs.



Ayuntamiento de Madrid

NUESTRA PORTADA

LA MAIDRIE

Por Pablo PICASSO

El Picasso surrealista, de cuadros incomprensibles, en los que sólo aparece claro el desdén ante la opinión de un mundo que necesitó la extravagancia para reconocer el mérito de un artista verdadero, ha hecho olvidar al Picasso realista y demoledor de la primera hora y de la hora buena.

Nuestra portada reproduce hoy uno de los cuadros de ese Picasso, desconocido para los unos y olvidado por los otros. Y este será, sin embargo, el Picasso que pasará a la posteridad, porque en él aparecen los valores eternos y esenciales del Arte de todos los tiempos.

La expresión patética de este semblante de mujer; la indecible tristeza de estos ojos y los rasgos atormentados de estas figuras, sólo pueden compararse con los que recogió Goya en cuadros inmortales. Es algo alucinante y magnífico, imagen viviente del dolor humano, de la miseria. Miseria social y fisiológica. Este cuadro nos revela el Picasso revolucionario, el gran Picasso que la sociedad ahogó, forzándole a la deformación del Arte, para atraer su atención y conquistar la gloria.

Pero causa placer desenterrar al artista y al hombre, sepultados por el mercantilismo y la estupidez del mundo moderno.

CENIT

REVISTA MENSUAL

DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Secretaría de Redacción: Federica MONTSENY.

Colaboradores: José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Eusebio C. Carbó, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción: Francia, 204 francos trimestre; Exterior, 240 francos.

Número suelto, 80 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).

LA IGLESIA Y ESPAÑA

«Por eso el obispo tiene que ocuparse también del orden público y social, en una fecunda y armoniosa inteligencia con el poder civil, para el bien y el progreso de la sociedad.»

(Palabras del mismo representante del Pontífice Romano.)

«Si recuerdo ahora estas tristes vicisitudes que se cernieron sobre Barcelona en una hora trágica para España, es para reafirmar que la Iglesia Madre de todos, ha perdonado ya a sus perseguidores y estrecha a los arrepentidos en un abrazo de bondad.»

(Palabras de Mgr. Antoniutti.)

«Permitidme que os diga que hay otros motivos para amaros y deberos gratitud. Vos estuvisteis entre nosotros en los momentos difíciles de la Cruzada. Y sé cuánto hicisteis y el agradecimiento que siempre os tuvo el Cardenal Gomá, del que yo era entonces obispo auxiliar.»

(Palabras del obispo Dr. Modrego Casaus dirigidas al representante del Romano Pontífice Mgr. Antoniutti.)

De El Correo Catalán, 26-I-1956.

EL ALMA DE LA REACCION

La fuerza reaccionaria más activa y más temible de cuantas se mueven en España contraria al espíritu liberal, humanista y progresivo es la Iglesia Católica Romana. Es y ha sido beligerante en las contiendas civiles. No ha renunciado al poder temporal ni aun formando cuerpo aparte del Estado. De éste domina actualmente los principales resortes. El poder no es Franco en España; es la Iglesia. Ella actúa en consejera y directora. Siempre ha apoyado al dictador dictado. Entre Su Santidad y el Caudillo han sido cruzados mensajes cordiales. Tienen ellos raíces de simpatía y de afinidades mucho más expresivas y profundas que las entrevistas y apretones de manos de Franco con el Duce y con el Führer desaparecidos. Los dictadores pasan. La Iglesia Católica Romana, fuerza totalitaria secular, queda. En España, como en Portugal, como en Argentina y en otros lugares, su ambición habría sido constituir un Estado teocrático. La Iglesia es una fuerza

política, sobre todo en la península ibérica, con intromisión cada día más activa en el seno de la sociedad civil. Por tal motivo en Argentina sostuvo a Perón y luego chocó con él. Hoy, en tierra española, choca con Falange, su concurrente en la carrera de los totalitarismos absorbentes. La Iglesia no admite competencias. Cuerpo extraño a España, necesita tenerla controlada en absoluto para mejor dominarla. El choque con Falange no se hace más estridente porque los ladinos consejeros vaticanos no consideran todavía propicia la hora. Aparentando ser más «democrática» que Falange, la Iglesia Romana en España se prepara a dirigir en lo que esté a su alcance las evoluciones necesarias que abran un lento período de transición hacia la Monarquía. La batalla, la Iglesia la ha perdido espiritual y moralmente. Nada puede rehabilitarla a los ojos del pueblo. Pero quiere seguir asegurándose, a pesar de todo, el predominio temporal indirecto.

La Iglesia en España, más que en parte alguna, que en la propia Italia, es romana, cesárea. Para ella no reza el: «No

matarás». Su lema es el exterminio. La guerra al infiel. La desaparición física de los herejes. El grillete al espíritu. La desarticulación de todo el mecanismo anímico que permita al hombre ser dueño de su propia personalidad, de sí mismo, y a la sociedad regirse sin tutela. Cruzadas e Inquisición resumen su técnica en suelo español, ayer y hoy. Las palabras de «perdón», en boca de la Iglesia son un ultraje a las tumbas de los caídos por la libertad. Bernanos podría invocarse como testimonio irrecusable. La carta de adhesión del Episcopado español a la Cruzada expresa magistralmente todo el fondo reaccionario de las jerarquías eclesiásticas españolas.

Mientras predomine la Iglesia en la sociedad civil española el pensamiento liberal y toda manifestación libertaria encontrarán feroz oposición.

JERARQUIAS DOMINADORAS

Las jerarquías eclesiásticas españolas están imbuídas de un espíritu dominador. Se creen herederas de los cruzados de la fe. Los cancerberos del catolicismo. Ignacio de Loyola sigue inspirándoles. El Sacro Imperio mundial católico romano constituye su sueño vesánico. Se sienten tocadas de la Gracia para llevar sus hazañas adelante, hacia las conquistas definitivas de un mundo que se les escapa cada día más. Las jerarquías eclesiásticas actúan como casta dirigente, recibiendo la inspiración y las consignas de la Internacional vaticana, guía y mentora de las más vastas operaciones que representan intervención efectiva en la vida de los pueblos. Ellas, no sólo están divorciadas del pueblo, al que no aman, sino del propio clero llano, que también es reseco de alma en general. Por un Jacinto Verdaguer, lleno de bondad evangélica, como San Francisco de Asís, hay diez curas trabucaires, belicistas. Probablemente intervienen en ello causas biológicas, telúricas, psíquicas, elementos constitucionales atávicos y adquiridos.

A la casta eclesiástica española, como a la militar, le interesa por encima de todo conservar sus prerrogativas y privilegios. Está esencialmente metalizada. La religión es para ellos una empresa mercantil, una industria. Las duras calificaciones del gran poeta lusitano Guerra Junqueiro: «Payasos de la Cruz», nunca han estado mejor aplicadas como al histrionismo de las actuales jerarquías eclesiásticas que contribuyen a sostener el inmoral tinglado franquista.

A dichas jerarquías, pese a lo que manifiesten los padres Herrera, les importa muy poco el reparar las injusticias sociales, restablecer siquiera algo de sentimiento evangélico que haga menos alucinante la situación de la inmensa mayoría de desheredados que constituyen la población española explotada y doliente, hoy en día reducida a la condición económica más miserable de todas las de Europa. Las frases de caridad de algunos obispos responden aún a una preocupación interesada, tienen un fondo especulativo; tienden a que amainen tormentas que se preven y que van incubando el círculo fatal de las violencias, engendradas éstas siempre por la rapacidad, la avaricia, la crueldad y el despotismo de los de arriba.

INQUIETUDES DE LA IGLESIA

Los más perspicaces mentores de la Iglesia se dan cuenta del fenómeno español: el pueblo siente indiferencia religiosa, más que indiferencia, asco y odio hacia magnates religiosos, los tonsurados jerárquicos que escamecen con sus ostentaciones la miseria, los curas capitaneadores de la Cruzada, los alentadores de los exterminios de herejes y de las familias de herejes. El pueblo intuye en la Iglesia al enemigo. El auxiliar del Poder. El cómplice de éste. No ignora que en España, donde ha encendido tres guerras civiles, la Iglesia es belicosa. Está organizada en milicia de combate. En

las casas de centenares de eclesiásticos españoles, si hay un crucifijo y un breviario, no falta una pistola, un fusil, un arma homicida. Igual en los conventos, arsenales armados. Pero al pueblo no se le ha podido hacer entrar la religión con sangre ni a cristazos, utilizando los crucifijos para abrir las cabezas.

La inquietud de la Iglesia en España aumenta al constatar que la juventud que quiso moldear, atraerse, tenerla sujeta, se le va; se le rebela. «La juventud actual, ha confesado públicamente Fernández Cuesta, tiene el mismo espíritu que tenían los sublevados del 19 de julio».

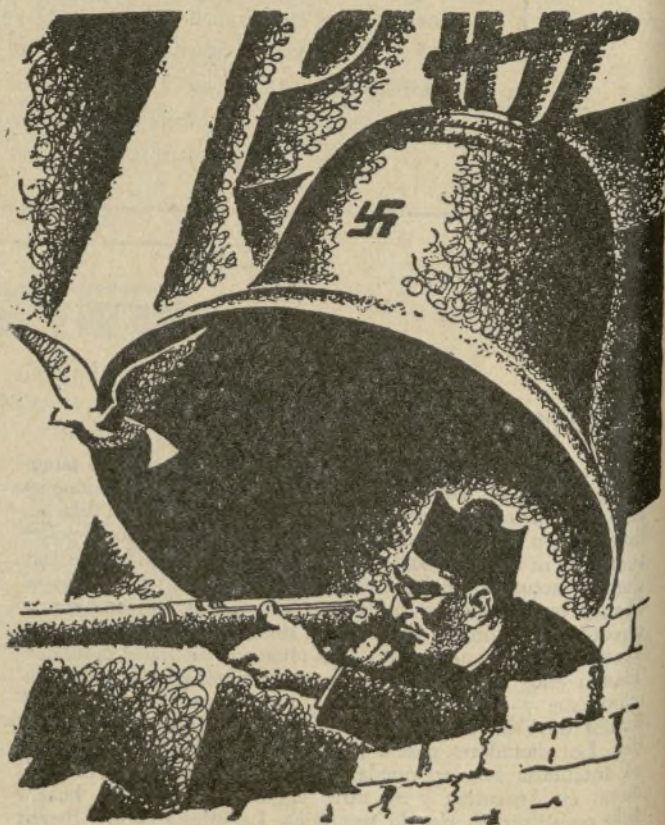
La clase estudiantil española, en escuelas superiores e institutos, considera al catolicismo como fomentador de la hipocresía, como opuesto al progreso científico, al desarrollo de las ciencias y de las artes.

Ni en las mismas cárceles y presidios la Iglesia, con todo y disponer de los más eficaces resortes inquisitoriales, ha llegado a imponerse al espíritu de los «herejes», que siguen fieles a las propias convicciones y creencias. Los ha vejado, humillado, martirizado, recurriendo a todos los procedimientos, valiéndose de sus servidores, instrumentos de un fanatismo cruel: no ha conseguido domeñarlos.

Pero la Iglesia no renuncia. No suelta nunca su presa. Transige y se adapta a las circunstancias, mas persiste en sus objetivos fijos de dominación.

España sigue siendo para ella una de las colonias más preciadas, joya engarzada a la corona del Sacro Imperio Pontificio. La quiere toda para ella. Por eso se opone encarnizadamente también a la introducción de las iglesias concurrentes evangélicas. Hará lo imposible con el Caudillo o con una Monarquía, para que la libertad de cultos no sea entronizada.

El Cardenal Gomá ha sido un «benemérito» de la Iglesia. «El Caudillo ha ofrecido a Dios la Espada de la Victoria». Y todo la Iglesia lo codicia no para España, sino para Roma.



¿«Patria»? ¿Quién habla de ello a la Iglesia! No hay «patria» para ella, por más que sus huestes en España se digan hoy «nacionales», no la ha habido nunca. Dios, la Religión, el Vaticano, están por encima de todo. Así, por los siglos de los siglos, contra todos los verdaderos Renacimientos de los pueblos. No obstante, no faltará quien loe el sentido eterno de la misión de la Iglesia militante: «No se encuentra en los fastos de la Historia un acontecimiento más colosal que el de las Cruzadas; no se encuentra tampoco institución más generosa y bella que la de las órdenes militares»—dijo Balmes. La undécima Cruzada y las legiones mussolinianas, hitlerianas y las mehallas marroquíes integradas a ella, apoyando el alzamiento de los acaudillados, constituyen un ejemplo de esta «colosal belleza», dedicada a mutilar, a convertir en cadáveres los hijos más capaces, más machos e insumisos, más libres y abnegados de un pueblo digno, devastándolo de uno a otro confín *ad maiorem gloria* de Roma, con una insensibilidad total, sin ninguna emoción humana.

ESPAÑA NO ES CATOLICA ROMANA

España no es católica romana. La religión católica no ha sido abrazada por el pueblo. Le ha sido impuesta. Le es impuesta. El pueblo español, en su gran mayoría, es indiferente en materia religiosa, a pesar de seguir gran parte de gentes de manera tradicional y rutinaria los ritos católicos.

Los pobladores de España no han sido en sus orígenes ni durante siglos enteros cristianos ni católicos.

«Aun en el siglo VI, afirman los historiadores, las clases populares vivían en el seno del politeísmo tradicional o del fetichismo primitivo».

El cristianismo ha cumplido una misión en el desenvolvimiento histórico de la Humanidad. Pero esta nueva religión, de la que dice Lafuente, «La nueva religión encomienda su triunfo a la tolerancia y a la caridad; la vieja religión apela para sostenerse a las fieras y a los patibulos. Constantino, emperador cristiano, ordena que no se inquiete a nadie, que cada cual siga la religión que más guste, y que cristianos e infieles sean igualmente considerados», es lo que en todo tiempo en España ha mantenido la más cerril intolerancia, es la que ha atizado las hogueras y multiplicado los autos de fe; es la que ha sembrado el luto en millares de hogares españoles, practicando las más odiosas y feroces masacres civiles exterminadoras. Es la que no admite la libertad de cultos, la que hace cerrar las capillas de las iglesias protestantes, la que quiere en toda escuela y hogar un crucifijo, la que pretende empapelar judicialmente a un ciudadano cualquiera cuando no se descubre al paso de una procesión. El contraste no puede ser mayor. Lafuente no la reconocería.

La coacción del medio eclesiástico sobre el ciudadano español es permanente en España. Las clases cultas, la sufren. La sufre la clase media, el patronato; los jornaleros; las clases humildes. El boicot moral y efectivo es aplicado a toda la escala social. En las aldeas sobre todo hallan la manera más cruel de asfixiar al hombre de tendencia liberal, a las familias rebeldes que no se someten a la férula eclesiástica. Aquellos que no rinden tributo público y notorio a los tonsurados locales, árbitros de familias y de hogares, tienen vida difícil; su existencia es una odisea, un calvario silencioso y permanente, cuya honda tragedia sólo es conocida por los que han vivido en tierra española. Religión, en España, equivale a imposición. Y el objetivo del clero hispano-romano no es religar, unir, sino ligar, atar, aprisionar cuerpos y almas.

El cristianismo aparece en España en un estadio avanzado ya en el decurso evolutivo de las culturas, del pensamiento filosófico, del desarrollo espiritual humano conside-

rado en su universalidad. Y definiéndose en catolicismo militante constituye una de las empresas políticas de dominación universal de más vasta envergadura.

Juzgada su aparición por algunos como el acontecimiento más trascendental de los siglos, por hombres de elevados sentimientos, como Han Ryner, por ejemplo, ha sido execrado con palabras lapidarias: «Todo lo que hay en mí de noble y humano—dice éste—rechaza al catolicismo...»

En España, ni después de su aparición histórica, gana desde un principio profundo terreno. No es un producto autóctono. Es un producto de importación. Se introduce como un advenedizo, como cuerpo extranjero, extraño a la auténtica España. Antes que cristiana España es de hecho, con sus iconos y fetiches, pagana y dionisiaca. Lo es por sentido de vida. Por su sol, por su suelo, por su mar, por sus montañas. Lo es aún por su mismo misticismo ardiente de un San Juan de la Cruz y de una Teresa de Jesús. Lo es bajo la Inquisición. Sigue siéndolo en su mayoría de población aun en la edad moderna y en nuestros mismos días bajo el franquismo. El sentido irreverencial de los españoles hacia los dioses míticos y hacia el Dios único hecho carne, según la leyenda, en Jesucristo, hacia el Poder, es más fuerte que todos los decálogos y que todas las leyes. En las mismas clases ilustradas impera el escepticismo en materia religiosa, aunque por conveniencia y comodismo se acepte seguir la corriente de la tradición impuesta.

Nada de común hay entre el pueblo y la Iglesia Católica Romana. La catolicidad del español llano es superficial. No es de convicción. Los metodistas, protestantes, reformados, cualquiera secta religiosa, hallarán en el español tipo la misma indiferencia en materia religiosa. La fobia al infiel, al hereje, la cobija una minoría de casta, que es la que la predica e impone. Es la milicia vaticana, romana, que no española, o española romanizada la que da permanencia a la imposición religiosa, invadiendo todos los terrenos y se apoya en el poder civil o militar, o bien, más expeditiva, se adueña del Poder. Controla y dirige al César, al Rey, al Caudillo, al Jefe. Y es Estado dentro del Estado dominando al Estado. Para ello mete mano a instituciones y haciendas. Es poder espiritual, político y económico. Tiene misión, función y aspiración totalitarias.

PODERES Y MONOPOLIOS VATICANISTAS

En el drama español la Iglesia romana juega un papel principal. Ella está a la cabeza de la reacción. Sistemáticamente dirige la Cruzada permanente contra la herejía: la herejía es el pensamiento liberal, la emancipación del espíritu, la interpretación libertaria de la vida, la justicia social rebasando al paternalismo, la libertad como conquista efectiva sin el beneplácito de la bendición tonsurada.

La razzia contra la corriente del liberalismo en la España catolizada, es permanente. Ataca a las personas físicas, a los intereses materiales. Se mete con los hombres y con las instituciones. Los elimina o derriba recurriendo a todos los procedimientos cuando no se someten a su férula. Los coloca siempre al margen de la ley, si no se doblegan, porque para ella la ley es la catolicidad. A pesar de ello, el pensamiento liberal no ha sido domeñado en España. Masacrados a miles los herejes modernos en suelo español, los liberales, los republicanos, los socialistas, los cenetistas, los anarquistas, los réprobos que no doblegaron la cerviz siendo españoles y sintiéndose todos hombres enteros, no han podido ser aniquilados. Y las nuevas generaciones, los fermentos irreductibles del liberalismo, las tendencias libertarias irreprimibles renacen. Una nueva Cruzada de hoy, ya no es posible en España. Por eso la Iglesia se apresura a asegurar sus nuevas posiciones estratégicas.

Es para defender principalmente intereses vaticanistas en

España, que no supo salvaguardar la Monarquía borbónica, que se desencadenó la última Cruzada.

La Iglesia hace política. Y mueve sus peones a hacerla. Se aferra al poder temporal. Acapara los bienes terrenales.

En España tiene el brazo militar bajo su control. Los espadones le son fieles y adictos.

Posee un poder económico formidable. Bancos poderosos, empresas importantes le son tributarias. De los bienes raíces, suelo y subsuelo, acapara gran porción. Maneja buena parte de la industria, del comercio, de las riquezas del país. Varones católicos adictos le sirven de testaferros. España sacrificó a la Iglesia el Imperio, y la Iglesia continúa sacrificando a España. Percibe actualmente una de las partidas más importantes del presupuesto del Estado.

Domina la Universidad. Tutela toda la Enseñanza. Y lo explota por su cuenta. E incluso pretende tener también la facultad de extender ella títulos universitarios.

Se opondría ferozmente a toda enseñanza laica. Francisco Ferrer fué fusilado en Montjuich por haber tenido la osadía de fundar la Escuela Moderna.

Interviene la Iglesia en todas las manifestaciones de la vida pública y social, directa o indirectamente. No renuncia a ningún negocio y juega con todas las barajas. Hidra de cien cabezas, anónima, fría y metalizada de corazón, por haber perdido toda sustancia cristiana primitiva, extiende sus tentáculos por todas partes.

Las ventajas de la Cruzada ha podido asegurárselas en España con Franco a base del Concordato mejor que lo hizo el Vaticano con Mussolini en el Tratado de Letrán.

De 1851 a 1931, establecido entre Pío IX e Isabel II, existía un Concordato que delimitaba las relaciones del Estado con la Iglesia. No es éste el que le interesaba reivindicar al Vaticano. Su contribución a la Cruzada debía tener otro premio, en detrimento de la soberanía española. Son los bienes espirituales, morales y materiales efectivos los que a ella se interesa asegurar.

El primer artículo del Concordato firmado entre Pío XII y Franco el 28 de agosto de 1953, estipula:

«La Religión Católica, Apostólica, Romana, sigue siendo la única de la nación española.»

La exclusividad, pues, le es otorgada. Concesión sin restricciones.

Para mejor asegurarla, el artículo IV del actual concordato establece:

«El Estado español reconoce personalidad jurídica y la plena capacidad de adquirir, poseer y administrar toda clase de bienes a todas las instituciones y asociaciones religiosas existentes en España a la entrada en vigor del presente Concordato, constituidas según el derecho canónico; en particular a las diócesis con sus instituciones anejas, a las Ordenes y Congregaciones religiosas, las sociedades de vida común y los institutos seculares de perfección cristiana canónicamente reconocidos, sean de derecho pontificio o de derecho diocesano, a sus provincias y a sus casas.»

«... 3.—La gestión ordinaria y extraordinaria de los bienes pertenecientes a entidades eclesiásticas o asociaciones religiosas y la vigilancia e inspección de dicha gestión de bienes, corresponderán a las autoridades competentes de la Iglesia.»

La Iglesia tiene, pues, carta blanca como empresa capitalista a título más favorecido. Sus bases fuertes son de más rendimiento que las de las bases americanas establecidas por el pacto yanquifranquista. El capitalismo vaticanista desarrollado, continuará, como toda la acción de la Iglesia agudizando aun más en el futuro el drama de España. ¡Qué lejos están los tiempos de Carlos III y de la expulsión de los jesuitas; los de Mendizábal y de las desamortizaciones de bienes! Capitales inmensos acumulados y en explotación en España asegurarán al Vaticano más vastas zonas de control, de influencia y de dominio.

CAPITAL Y TRABAJO A SOMETER

La Iglesia quiere incrementar su capital. Asegurar los sueldos a sus legiones, proliferarlos, del mismo modo que pretende ejercer tutela sobre el Poder, el Estado; impedir que nadie pueda gobernar, administrar contra su voluntad omnimoda.

El artículo XIX del Concordato, dispone:

«1.—La Iglesia y el Estado estudiarán de común acuerdo la creación de un adecuado patrimonio eclesiástico que asegure una congrua dotación del culto y del clero.»

«... 3.—El Estado, fiel a la tradición nacional, concederá anualmente subvenciones para la construcción y conservación de templo parroquiales y rectorales y seminarios; el fomento de las Ordenes, Congregaciones, etc.»

España será convertida en un criadero y semillero de curas con pupillaje a cuenta del erario nacional, además de haberse concedido a la Iglesia las máximas prerrogativas de explotación, sobre la que toda investigación queda prohibida de antemano.

Pero la Iglesia tiende también en España a dominar al trabajo. Por eso se preocupa de tener el control de los Sindicatos. Y no bastándole la presencia de asistentes eclesiásticos en éstos, sabiendo el papel importantísimo que juegan en la vida moderna los obreros organizados, sobre todo en regímenes en que los sindicatos son sometidos a la férula totalitaria, quisiera desbancar al poder jerárquico que viene ejerciendo el Partido Único, la Falange. Hoy la Falange le estorba a la Iglesia en el terreno político y social, en el terreno sindical.

Sin renunciar a la formación posterior de Sindicatos Católicos, le tiene más cuenta a la Iglesia apoderarse de los Sindicatos Verticales, filtrarlos, que no crear y desarrollar aquéllos, etapa también prevista. El Sindicato Católico no le ofrece la penetración masiva inmediata de los sindicatos verticales. No obstante, no descuida el fomentar en el campo principalmente, ya desde hace tiempo, las Hermandades Católicas.

Responsable de la Cruzada, cómplice de la miseria y de la explotación de la clase trabajadora española, viendo el absoluto despejo de ésta hacia la Iglesia, trata de congraciarse ahora ella, de presentarse como defensora de sus reivindicaciones, desde el punto de vista «humano y cristiano». Es siempre el secular juego malabar e hipócrita. La táctica actual vaticanista en España, es reconciliar la Iglesia con el pueblo, empeño vano por la idiosincrasia misma del catolicismo y porque el pueblo hispano intuye bien que las posiciones de las jerarquías católicas son especulativas y faltas de sinceridad.

Son las promociones jóvenes y sobre todo las masas obreras objeto de la preocupación constante y preferente de la Iglesia. España, después de Italia Pontificia, es la primera fortaleza a defender en Europa para el Vaticano.

Estos días el Sumo Pontífice se ha dirigido por radio a sus feligreses de las aldeas rurales españolas, que han participado a los ejercicios espirituales, por radio también, con ocasión del IV Centenario de «San» Ignacio de Loyola. El espíritu ignaciano es el que prima en el Episcopado español. Espadas e hisopos a diestra y siniestra móvidos imperativamente, con todos los ardides y astucias, con brutales acometidas o movimientos estratégicos envolventes y refinados con el objetivo único de predominio por encima de todo. Nada debe haber para esas legiones ávidas de conquista y de poderío más alto que la Cruz, más omnipotente que la Iglesia, que sueña siempre en avasallar Estados y pueblos.

«Desde el momento que hay pobres, desde el momento que la clase trabajadora no ha conseguido la justa valoración de su trabajo, el católico no puede estar tranquilo», ha dicho en Barcelona Mgr. Antoniutti, jesuiticamente.

«La justa valoración del trabajo»: un leitmotif de propaganda de la que la Iglesia quiere hacerse la abanderada en el actual viraje de habilidades, para escamotear la verdadera libertad, la justicia social.

El órgano vaticanista en la prensa de la ciudad condal, en la que jamás las masas obreras han tenido simpatía por la Iglesia ni por Falange, comenta, prepara el terreno y da la consigna, expresándose así: «El Nuncio precisó que la Acción Católica tiene el deber de preparar dignamente el pensamiento católico, de infundir el espíritu cristiano en todas las instituciones y de dar a conocer y poner en práctica la doctrina social de la Iglesia. Planteó, pues, un programa de acción.

«... El lugar de la Acción Católica está en la Sociedad, en la calle, en el ambiente, pero preparado a fondo su militante en el conocimiento del pensamiento del Papa, en el estudio en las fuentes seguras de la Iglesia y bajo la guía de sus maestros.»

El programa de acción hace tiempo que lo aplica la Iglesia en España.

Franco podría caer—habría caído ya—si la Iglesia lo hubiera abandonado; el Caudillo de una Cruzada de la que fué instrumento, podría desaparecer y podría también quedar desarticulada Falange: mientras quedara en pie, intacto, el Poder de la Iglesia Católica Romana, en España el totalitarismo permanecería. El programa de acción de la Iglesia, el que ha venido aplicando en tierra hispana conquistada ha sido ese.

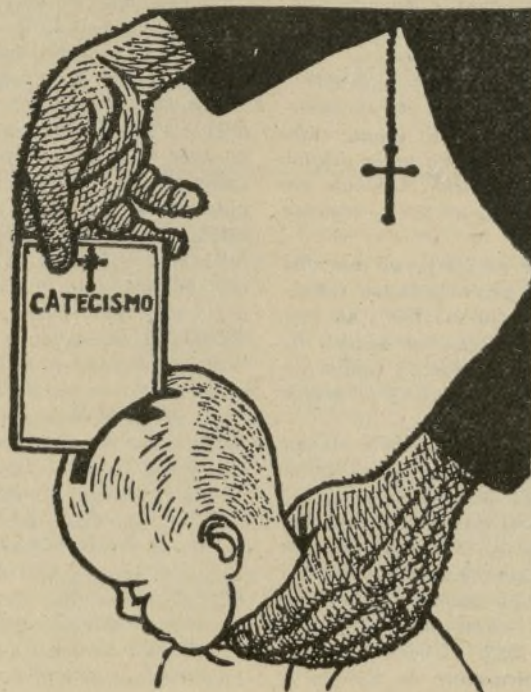
REALIDADES MAS FUERTES QUE LA IGLESIA

Hay, no obstante, realidades que la Iglesia no puede dominar. La vida, el individuo y la sociedad con sus tendencias libres, es más fuerte que la voluntad impositiva de las minorías esclavizadoras. Los absolutismos son antinaturales,

Las soluciones de recambio las ha ido aplicando, mientras demolía baluartes de libertad, royéndolos o atacándoles ferrozmente, la Iglesia, en sus evoluciones estratégicas ofensivas y defensivas, en España. Una de ellas ha sido en estos últimos veinte años la Cruzada y Franco. Ahora, discretamente, apadrina la transición hacia una Monarquía impregnada fuertemente de espíritu teocrático. Arrinconada ésta, si una situación de hecho liberal y republicana fuerte determinaran la presión y conciencia popular, jugaría la carta de la Democracia Cristiana. No es la primera vez en la Historia, que el catolicismo militante, el jesuitismo aguerrido, se presenta como defensor de la «democracia» y de la teocracia a la vez. El super-jesuitismo del OPUS DEI, nuevo engendro del espíritu inquisitivo romanizado en España, mueve ya sus legiones, las despliega en vastos campos de operaciones; enfoca sus baterías, precisa, en los sombríos y siniestros conciliábulos, sus planes, ante las situaciones nuevas previsibles. Resistir, durar y perdurar, para seguir dominando todo, mucho o poco, según las oposiciones y obstáculos que encuentra, es siempre el objetivo inmediato del catolicismo, universalmente avasallador.

La España auténtica no es dócil ni domeñable. La nueva realidad española no conseguirá dominarla la Iglesia, por ágil y astuta que sea en sus movimientos. Hay una España nueva, enraizada en una España con espíritu de libertad y de independencia jamás fenecidos, que emerge briosa por encima de grilletes y de ruinas, de cruces y de patibulos. Es ella la de las grandes esperanzas. Es la España que quiere ser hogar libre, acogedora de todas las creencias, en la que fieles e infieles, creyentes o ateos, ortodoxos e impíos hallen la tolerancia dentro de la realización viviente de un nuevo orden libertario en gestación. Esta será la obra del Pueblo español.

Germinal ESGLEAS



LOS LIBROS Y LOS DIAS

Halldor K. Laxness, Premio Nobel 1955



MUCHOS de nosotros hemos leído cuando éramos adolescentes «Han de Islandia», de Víctor Hugo, y es esa toda nuestra base cultural en relación con aquella isla brumosa y septentrional. Parece que Víctor Hugo, cuando escribió esa primera novela suya, tampoco sabía gran cosa sobre la patria de su terrible héroe.

El año pasado, al ser otorgado el Premio Nobel dijeron los periódicos que la Academia de Estocolmo había dudado entre Hemingway y Halldor Kiljan Laxness. Y yo me pregunté entonces, como cual, quién sería ese afortunado postulante que había estado a punto de recibir la más alta consagración literaria.

Busqué su nombre en una biblioteca universitaria. Era un autor del que no había nada traducido al español (que yo supiera) y tal vez tampoco al francés. Pero sí al inglés, por cuyos estadios literarios había pasado sin gran pena ni gloria. Y al alemán anterior a Hitler. Y a los idiomas escandinavos, naturalmente. Islandia pertenece a ese grupo cultural.

Tuve la impresión al hojear el primer libro de que era Laxness un escritor inconformista, difícil y un poco tronitante, pero con verdadero talento. Esa clase de talento que si encuentra ocasiones de manifestarse de un modo insistente nos hace pensar en el «genio». De momento, y leyendo aquí y allá algunas páginas sueltas, lo más evidente era que Laxness tenía, si no genio, por lo menos «mal genio».

Leí entonces y he releído ahora «Independent People», que es considerada la obra más característica de su estilo y de su mente y también la más cerca de su propia vida (la más autobiográfica). Me puse a leerla y no pude dejarla hasta el final, a pesar de que es un nutrido volumen en cuarto no menor de quinientas páginas. Es un libro excelente de un autor de primer orden.

De sus obras y de lo que he leído en los pocos artículos críticos que habían suscitado en este país anglosajón extrajgo los siguientes datos biográficos: nació en 1902, en una aldea que se llama Laxness de la que tomó su nombre literario. Sus padres eran campesinos modestos. La capital de Islandia es Reykjavik. En esa ciudad transcurre la mayor parte de la obra de Laxness.

En 1920, el joven Laxness estaba ya encarrilado de un modo vertiginoso en la literatura. La poesía modernista lo contaba como uno de los suyos. Salió de Islandia y anduvo por Europa enamorado de los libros de Strindberg y de Undset. El primero, neurótico, amigo de Nietzsche, hombre de obsesiones y de resplandores súbitos, innovador atrevido en el teatro escandinavo, y el segundo, nacido en Dinamarca pero transplantado a Cristiania, novelista noruego que obtuvo el Premio Nobel también, en 1928. El versátil y apasionado joven Laxness cultivó sucesivamente en Europa la

introspección lírica, la filosofía formal y la religión. Fué católico ferviente en un monasterio alemán de Luxemburgo, y poco después surrealista apasionado y combatiente en París. Todo esto antes de 1926, es decir, cuando Laxness tenía no más de veinticuatro años.

En París advirtió que la revolución interior surrealista sobre la base de la exaltación del mundo onírico (formas y normas del sueño) podía y debía ser compatible con alguna clase de revolución exterior y descubrió el Mediterráneo, es decir, descubrió el comunismo, como habían hecho por aquellos días también otros extranjeros poetas menores, como Tristán Tzara, o mayores, como César Vallejo. El «cholo» Vallejo, como le decían sus compatriotas peruanos cariñosamente. Los peruanos gustan de reducir al diminutivo los apellidos de los amigos. Al menos yo lo he oído entre ellos a menudo.

Laxness ha seguido fiel desde aquella época a esa ideología. No sé si ha estado alguna vez en Rusia. En lo que yo he leído de él o sobre él no he visto alusión alguna a esa clase de visitas frecuentes en los años 1925-35. Laxness es hoy uno de los que gritan en su rincón de Islandia las consignas de Moscú con una fe más carbonaria, disciplinada y elocuente. Sin duda alguna Laxness es el único escritor de verdadero talento y de resonancia mundial que tienen hoy los rusos fuera de Rusia.

La Academia de Suecia ha demostrado una falta de prejuicios y un sentido de justicia admirables. Porque la verdad es que Laxness podrá estar equivocado políticamente, pero es un novelista original, nuevo y—única tacha que yo le pondría—exasperadamente inconformista. Un hombre de talento literario es natural que sea inconforme, pero la exasperación quita a su inconformidad una gran parte de la eficacia. El que tiene razón no necesita gritar tanto. Y no deja de ser extraño que seamos nosotros (los escritores del cálido y ATRABILIARIO Mediterráneo) los que echemos en falta la serenidad y la armonía interior en un escritor, no sólo nórdico, sino de Islandia, que es ya la última esencia del Septentrión. (Detrás de ellos ya no quedan sino los ICEBERGS y los elefantes marinos).

Su catolicismo y su viraje al comunismo dejaron huellas memorables en un libro exaltadamente devoto que se titula «Bajo la Montaña Sagrada» (1924) al que sucedió otro denigrando al catolicismo bajo el título de «El gran tejedor de Casimír» (1927). Tres años después, en 1930, lanzó a los cuatro horizontes su declaración de fe—y de guerra—stalinoides. Como decía, es el único escritor que habiendo entrado en la corriente moscovita en aquel periodo, sigue hoy fiel a las consignas de Moscú. ¿Lealtad? ¿Obstinación? ¿Debilidad? Como dice Camús, muchos hombres se refugian en el campo protegido y alabrado de Moscú para liberarse del deber intelectual de la rebeldía. (La de Laxness es sólo una rebeldía moral). La declaración de guerra la hizo Lax-

IGUALDAD Y LIBERTAD⁽¹⁾



En actitud patética hay intelectuales, cuyo menester consiste en divagar, que se lamentan de estos tiempos «materialistas» en que la técnica de los adelantos mecánicos plantea la posibilidad de la igualdad económica para que todas las clases sociales se fundan en la única clase de productores útiles y consumidores racionalistas, en que sea posible una convivencia sin derroches, sin caprichos fantásticos y sin el contraste del otro lado que

ofrece la absurda miseria en esa existencia en que se debaten los menesterosos que pululan en el mundo civilizado de las contradicciones.

Manejando sofismas muy bien pergeñados, una brillante pléyade de escritores consagrados por la prostituida opinión pública no sale de su asombro aristocrático al ver acentuarse la tendencia igualitaria que haría vivir a los hombres en paz, ya que toda guerra de sentido económico habría terminado en una sociedad que sólo tendría un interés biológico común a la especie.

Por desconocimiento del sentido vital genuino, los señores de la cultura libresco de repetición se indignan ante la aspiración humanista de que todos los hombres y todas las mujeres puedan satisfacer sus necesidades esenciales, sus idealismos y sus inquietudes de expansión, de cambio, que sólo puede lograrse en el ámbito de la libertad.

Mas esta libertad no se conjuga con proposiciones democráticas, ni tampoco con dictaduras proletarias, u otras. Ambas corrientes, que se estrellan en choques furiosos, no hacen vislumbrar la igualdad universal de posibilidades para todo hombre digno de serlo por sí y ante sí. Por el contrario, ellas forman y fomentan por todos los medios el gregarismo, el concepto político de masas y el rapaz sentido de dirigentes imbuídos de esa famosa gracia metafísica que les hace creerse videntes, profetas y, sobre todo, pedagogos del rebaño que debe seguir el camino trazado por sus lucubraciones, a fin de que «el

hombre de hoy se libre del peligro de perder la fe en la innata «aristocracia del espíritu» (?).

Ante esta monserga, el sentido de la libertad es anárquico (no autoritario), o es un continuo gregarismo, un tópico de que se valen todas las escuelas autoritarias para tener encendido el entusiasmo popular que ellas saben domeñar a su antojo interesando para explotarlo en propio beneficio de doctrinas e intereses no biológicos sino de clase, partido y sumisión.

Cada uno interpreta a su modo los fenómenos de la naturaleza; los aristócratas de la inteligencia se singularizan especialmente en su clamor por conservar y acrecentar la libertad abstracta. Pero lo hacen así porque suelen estar a cubierto de las penurias del trabajo forzado o forzoso y se complacen en el deporte de los juegos intelectuales que no conducen precisamente a la solución del problema de la convivencia armónica social. Y ésta jamás será posible entre privilegiados y degradados. La sociedad será igualitaria, sin clases, o seguirá siendo un campo de batalla. Y no se alarmen los que viven satisfechos en un mundo de iniquidades y temen perder su personalidad en otro desnivelamiento económico. Las regiones heladas donde se desenvuelve eso que ellos denominan «libertad del espíritu» no pueden ser contaminadas por

(1) Inspirados en «Cosas y Gentes», por Salvador de Madariaga, en «Cuadernos» del Congreso por la Libertad de la Cultura (N.º 15 - 1955). El autor declara que no ha intentado hacer una réplica a todos los puntos expuestos por el escritor, ya que concuerda con algunos; y menos echar sombras sobre la ética de su personalidad, como podría suponerse si, por exceso de susceptibilidad, se interpretasen de mala intención algunas ásperas expresiones de esta divagación intelectual, que sólo es un modo de ver, con todo el respeto que merece Salvador de Madariaga.

ness en un libro de ensayos titulado «El Libro del Pueblo» (1930). Título anticomunista, pues que entre ellos la noción de «pueblo» es incorrecta, políticamente hablando, y sólo la usan en un sentido demagógico.

Algo de todo eso he hallado en «Independent People» (dos volúmenes: 1934-35) libro tormentoso y realmente tremendo, con un fondo y conjunto de compensaciones folklóricas. Todas las formas de inconformidad condenadas por la literatura inglesa y americana (incluido el incesto) aparecen en esas páginas con una firmeza, una seguridad y una continuidad de veras nórdicas, es decir, inafectables por las circunstancias. Hay mucha influencia psicológica de Strindberg (gentes de vida interior malsana y personajes torturados por la introspección) y del novelista noruego al que aludía antes. Más que comunista es Laxness un anarquista, en el sentido aristocrático de los círculos intelectuales daneses, suecos y noruegos. Su estilo es un poco lenguaraz y en un registro demasiado alto, como las personas que empiezan a

hablar sin saber lo que van a decir y gritan más de lo debido. Pero Laxness dice siempre cosas substanciales. Si alguna vez se ve en peligro, recurre al folklore encantador de su país, como aquel tenor que, después de una nota falsa en la ópera y viendo que la catástrofe se acercaba, alzó la voz hacia el palco real y gritó: «¡Viva el Rey!».

Aquí el rey es el pueblo. Por lo menos estéticamente hablando.

En definitiva, Laxness es hijo de occidente. ¿En qué consiste lo inusual? En que escribe, no dentro de la sociedad, sino al margen de ella. Su sentido moral a fuerza de ser ajeno a la realidad, resulta tan discutible y ocasionalmente tan falso como el de puritano de Boston. Es el antipuritano sectario—es decir, puritano a su vez—. Preferimos a los escritores cuyo sentido moral es una parte activa de la realidad en la que viven. Escribiendo como escribe, Laxness no podría vivir en la Rusia de sus amores.

Ramón SENDER

el hedor animalesco del rebaño. En esas regiones, que la imaginación acepta, cada uno puede desplegar sus aptitudes de evasión terrestre. Mas ésta es momentánea y se refiere a «ratos perdidos» muy dignos de sentido recreativo propio del hombre, quien tiene que vivir siempre en la tierra «deleznable», sujeto a los perentorios apremios de sus mecanismos fisiológicos en que todos somos iguales, mal que nos pese. En tal posición, todos deberíamos también contribuir al bienestar general y afianzarlo en contra de las fuerzas que conspiran secularmente contra él y forman el monstruoso parasitismo social que se diversifica en el abrumador número de profesiones no ya inútiles sino perjudiciales para una sociabilidad de normas racionalistas que jamás podrían cristalizarse en detrimento del desarrollo del Hombre en su unidad vital.

Los magníficos vuelos de la inteligencia no dan derechos sobre los que no saben o no pueden elevarse. El artista, el poeta, el maestro, el sabio especializado podrán creerse seres superiores, pero nada podrán crear en la práctica universal si el vulgo no reconoce sus méritos. Estos «señores del espíritu» viven en la ficción, pues en la realidad la naturaleza no reconoce ni «Señores» ni «Espíritus».

Sujetos, como los demás, al estímulo social, en el que se basan las jerarquías del poder, del dinero y de la vanidad endiosada, creyéndose selectos, se indignan ante una posible igualdad económica y manejan el cetro de los eternos valores... supuestos y no efectivos. Exclaman que no puede ser lo mismo el que se ha quemado las cejas para saber algo, o el que nace dotado de gracias excepcionales y puede desarrollarlas, y el que se dedica a trabajos vulgares, como el cultivo de los campos, el cuidado de las máquinas que industrializan la civilización, que dan vida higiénica a las monstruosas ciudades y hacen posible que la mugre, la podre y las deyecciones no lo invadan todo con peligro endémico.

Quienes afirman las categorías del talento o del trabajo para reclamar mayor bienestar sobre el sufrimiento de los peor dotados tienen cerebro de mercachifles y aspiran a mayor paga en el comercio de la prostitución social en que todos los valores avariados tienen precio. Y total, lo hacen para satisfacer el estúpido sibaritismo en que se regodean los ricos sin meollo y es la aspiración común de las gentes adocenadas.

Es tan inútil el ingeniero como el pocero, el artista como el artesano y todos podrían disfrutar igualitariamente de la riqueza del mundo puesta en actividad por la técnica aplicada racionalmente a la obra vital.

Será muy bella esta imagen del mundo en que se afirma que «el hombre, por su actividad creadora, difiere de las cosas, pues mientras éstas se hacen inertes y se igualan por la fuerza de los elementos cósmicos que las disgregan o las conglomeran, aquel maravilloso ser dotado de razón y que llega a las supuestas «cumbres metafísicas» se rige o debe regirse por la iniciativa que vive de la libertad».

Sólo los enajenados idealistas tienen la visión de una evolución selectiva, ya que se creen privilegiados por un destino ciego, al que individualmente consideran de categoría, por la que establecen las ascensiones del hombre, desde las cavernas de su existencia primaria hasta los rascacielos de la absurda civilización. Y afirman dogmáticamente que la vida humana obedece a cuatro ideales: **Desigualdad, Selección, Calidad, Excelencia**. Para discernir estas proposiciones, que se dan como verdades inconcusas, sería preciso aportar muchos ejemplos y ellos nos darían el reverso de esta afirmación quizá bien intencionada, pero impregnada de misticismo y de egolatría; se llegaría a la comprobación lógica de que siendo evidente la degeneración humana, antes de que la especie haya llegado a un probable total crecimiento, por contraste se niegan los postulados de esa evolución que se compone sólo de asaltos y sobresaltos en el caos del mundo.

La **Desigualdad** no existe como factor de la unidad de la especie y si como elemento perturbador en lo social; la **Selección** se hace al revés, ya que subsisten y persisten los peores, que son los autoritarios, los mandones y los imbuidos de suficiencia; la **Calidad** se agrupa en la mediocridad, que se traduce en explotación del hombre por el hombre, y la **Excelencia** es la pretensión, con síntomas paranoicos, de llegar a ser dioses sobre esta tierra poblada de diablos, en que la lucha entre el bien y el mal no tiene tregua y en la que el hombre parece sin provecho efectivo, mecido a veces por las ilusorias esperanzas de efímeras glorias.

Si se hace alusión a dioses y diablos, como estigmas de lenguaje tradicional abstruso, la conclusión se proyecta como una metáfora negativa: Los dioses y los diablos no tienen existencia sino en la imaginación fantástica del hombre, que es un degenerado, que no sabe expresarse con claridad, que todo lo confunde, que su razón no le sirve de guía para vivir mejor con sus semejantes, que su sensibilidad se halla embotada por los excesos de la civilización y que sigue encerrado en el círculo de sus leyendas y de sus mitos, repitiendo monótonamente los mismos conceptos abstractos de sus predecesores.

Si el hombre no puede romper ese cerco autoritario de desprestigio para divisar su horizonte biológico, perecerá en la angustia de su impotencia para realizar lo que su razón puede vislumbrar libertariamente.

Buenos Aires, XII-55.

COSTA ISCAR

Toda verdadera revolución que abre a un pueblo y con ello a la humanidad nuevas perspectivas para un desarrollo intelectual y cultural, recibe su carácter mucho menos por lo que destruye que por lo que crea y anima en la vida. Solamente por lo nuevo que se desarrolla, se supera el espíritu de lo transmitido por herencia y pone fuera de vigencia las formas sociales del pasado. Al construir lo nuevo, destruye lo viejo e insostenible y abre el camino a un futuro mejor. Justamente por eso está pendiente del desenvolvimiento de las energías creadoras, si quiere aproximarse a sus objetivos. Pero nos que los que le parecen los únicos buenos a sus representantes, destruye la energía creadora del espíritu revolucionario y oprime a los hombres y a las cosas con el yugo de una providencia política que piensa y obra por todos y sofoca así en germen las nuevas perspectivas del desarrollo social. Por eso la dictadura nunca es el vehículo de la revolución, sino siempre el heraldo de la contrarrevolución que comienza.

RODOLFO ROCKER.

Vidas ejemplares

TOMAZ DA FONSECA



ACE cincuenta años, un joven preparábase para salir, dentro de pocos meses, del Seminario de Coimbra, como sacerdote «Ja Santa Madre Igreja», cuando la duda fecundante, insinuándose, por medio de algunos libros incluidos en el Index, le penetró en el espíritu. Duda que, apartándole de la creencia en Dios, conduciale, poco después, a los pórticos de una nueva fe: la fe en el hombre, la fe en el pueblo, la fe en una vida libre, al margen de los dogmas e imposturas de los fariseos religiosos.

Tomaz da Fonseca (así se llamaba el joven de quien os hablo) pensó entonces hacer como el protagonista de la novela de Zola «Paris», que acababa de leer: seguiría la carrera eclesiástica, sería obispo y, un día, desde lo alto del púlpito de una catedral imponente, ante el espanto general de los clérigos y las beatas, desgarraría los hábitos, despreciaría la hostia sagrada, blasfemaría contra Jehová, y en una frase, abjuraría de la religión, que a traición le fuera inoculada en su oscuro cerebro de bisoño aldeano.

Antes, sin embargo, de ejecutar su plan, resolvió seguir la apreciación de Eliseo Reclus—uno de los geógrafos más grandes de todos los tiempos y uno de los precursores del anarquismo—escribiéndole. El sabio rebelde le respondió a vuelta de correo, desde Francia, con su luminosa y noble coherencia de siempre, con esa coherente lealtad a los principios, por la cual se vengaron los más fanáticos de su doctrina, condenándolo por su participación en la Comuna de Paris, coherencia y lealtad que nunca comprenderán los hipócritas jesuitas, ni sus modernos discípulos los comunistas moscovitas: «Hermano, si, como dices, perdistes la fe en la Iglesia católica y acabas de abrazar una nueva creencia, ¿por qué titubeas en tomar la única actitud digna de un hombre que sabe practicar y comprender sus deberes de lealtad hacia sí mismo y hacia sus semejantes? Abandona inmediatamente el seminario y ve a predicar al pueblo de los campos y de las ciudades tu nueva fe y nuestras comunes verdades. Permanecer en las huestes de la Iglesia, un día más, sólo sería propio de un hipócrita, o de un cobarde, y no quiero hacerte la ofensa de considerarte así. ¡Rompe, pues, inmediatamente, la sotana, y parte a iluminar la conciencia del pueblo esclavizado!»

Tomaz da Fonseca siguió el consejo del sabio sociólogo: una noche, huyó del seminario, con una escalera de cuerda que él mismo pacientemente fabricó, y se fué, por montes y valles, perseguido por la policía (en aquellos ignominiosos tiempos de la monarquía, en que el Estado vivía, en Portugal, como nuevamente hoy, amancebado con la Iglesia romana, estaba prohibido huir de un seminario) hambriento y roto, predicando el evangelio de la liberación humana. Con-

vencido de que el mayor estorbo para la emancipación de los pueblos reside en las religiones—en todas las religiones—ya no dejó un solo momento, en disparar las saetas de su crítica contra las mentiras religiosas, y particularmente, contra el negro y más terrible bastión del fanatismo y de la intolerancia: la Iglesia católica, en cuyo seno maldito se gesta y nutre el fascismo. El primer libro de Tomaz da Fonseca, que tan gran éxito literario alcanzó en Portugal, se tituló «El Evangelio de un Seminarista», en donde reproduce el autor en facsímil la carta de Eliseo Reclus y nos describe las peripecias de su rocambolesca fuga del Seminario de Coimbra, y la arriesgada vida que llevó, por algún tiempo, por valles y montes predicando al pueblo humilde de las aldeas la insurrección contra el Dios de las Iglesias. Numerosos fueron luego sus libros, conferencias y artículos de periódicos, siempre con la misma intención: desenmascarar al Tartufo clerical, o como decía Voltaire, «japlastar al infame!» Su obra «Sermones de la Montaña» fué, en el género de sus obras, todas repletas de ironías contra la superstición religiosa, la que mayor éxito alcanzó, teniendo la honra de ser traducida a varios idiomas.

Menos feliz que el Brasil, que logró regresar al régimen democrático de prensa y de crítica, continúa el pobre Portugal gimiendo encadenado por el régimen fascista, impedida su juventud de pensar fuera de los cánones eclesiásticos. Allí, como sucedió en el Brasil, durante el consulado de quince años, hay un dictador, Antonio de Oliveira Salazar que, siempre empujando, por detrás del tablado en donde se representa la farsa de la «democracia orgánica» (así llama Salazar a su régimen), mueve el jesuitismo las cuerdas de la tiranía. Por eso, los libros de Fonseca no pueden ser allí reeditados. Por mucho menos, apenas porque no contenía una referencia elogiosa al dictador de Santa Comba Dão (ese misógino fraile sin sotana, que en las venas le gira, en vez de sangre, agua bendita de las sacristías), ni una oración a Nuestra Señora de Fátima (esa caudalosa fuente de la credulidad pública, en donde el Tartufo clerical llena su barril), fué mi última obra, «Mi libro» («O Meu Livro») —trabajo sin finalidad política ni religiosa, pero de exposiciones médico-pedagógicas exclusivamente, juzgado como tal de interés público por el benemérito Instituto Pasteur de Lisboa, que subsidió la edición—confiscado por orden de la Real Mesa Censoria salazarista. Idéntico destino tuvo, entre muchos otros, también la «Historia de Portugal», trabajo de profunda erudición y de notable sentido de interpretación histórica, de Antonio Sergio, uno de los más brillantes espíritus del mundo intelectual contemporáneo. En Portugal

continúa amordazada la Prensa, clausurados los centros liberales y perseguido todo cuanto no goza de la bendición de la Iglesia.

No ha mucho se editó en el Brasil (1) la tercera edición autorizada por el autor de «Sermões de la Montaña». Digo autorizada porque al margen de los derechos de autor, aparecieron también en el Brasil tres otras ediciones, todas sin mención de autor, más o menos mutiladas y con el título modificado. Una de ellas se presentaba con el nombre de «Seres de la Montaña» y la última que surgió, hace nueve años, lo hizo con el título de «Historia tétrica (irrefutable) del Catolicismo», ostentando en las tapas el nombre de un tal Eduardo Ferreira de Oliveira, que mutiló la obra, reduciéndola a menos de 200 páginas. Según nos declaró el propio editor de la metamorfoseada obra de Tomaz da Fonseca, esa edición, de varios millares de ejemplares, se agotó rápidamente, en pocos meses, siendo los mejores clientes los propios curas. Indicamos este pormenor menos por el deseo de señalar el feo procedimiento de dicho editor, que para recalcar la necesidad de la presente edición, con insistencia reclamada por millares de lectores residentes en Portugal, Brasil y América del Norte.

Antes de decidirnos nosotros a reeditar los «Sermones de la Montaña», primera obra de la serie que la Editorial «Germinal» se propone dar a luz, confesamos que nos sentimos con aprensión por los riesgos que expondría al autor en Portugal que, no ha mucho a pesar de sus setenta años bien sonados y de los lazos de familia, que lo ligan a Salazar, estuvo algunos meses en las cárceles del moderno Santo Oficio fascista, de donde fué arrancado por los esbirros hacia los campos de su aldea natal, en Mortagua (Beira Alta). Y no debemos olvidar que, por orden de la Compañía de Jesús, que quería verse libre del terrible hereje, Salazar ordenó el cierre de la Escuela Normal de Coimbra, en donde el viejo maestro de las barbas patriarcales ejercía, con la juventud perenne de su espíritu optimista de pagano enamorado de la Vida y de la Naturaleza, y con su figura de Apolonio de Tiana, una fascinación invencible sobre el espíritu de sus

alumnos, ya, en su mayoría, profesores, que lo amaban. No silenciemos tampoco, para mostrar que no son injustificados nuestros recelos que, también no ha mucho, el profesor Almeida Paiva, ex jesuita, que tuviera, como Tomaz da Fonseca, el valor de romper el fuego contra la orden sinistral, publicando una de las obras que más ruido causó y mayor número de ediciones agotadas tuvo, en los últimos tiempos en Portugal, «Libertad, Ciencia y Religión» («Liberdade, Ciencia y Religiao») con el subtítulo de «Cartas al Cardenal Cerejeira», apareció misteriosamente asesinado en el túnel ferroviario de Rossio, en Lisboa. Los jesuitas no perdonan.

Pero mi septuagenario amigo, cuya entereza joven sigue, aún hoy, con los mismos entusiásticos amores por la Libertad, como cuando ero mozo, nos insistió para que reeditásemos la obra, estoicamente dispuesto a arrostrar, con la serenidad de un Apolonio de Tiana (2), contra el fanatismo ultramontano de los tiranos de Portugal, el peligro. ¡Se hizo, pues, su voluntad!

Hace poco más de un siglo, fué desde aquí, desde las tierras brasileñas, con Pedro I (IV de Portugal) que pareció que el fuego de la libertad regresaba a la vieja Lusitania, amordazada por las hordas fatídicas de D. Miguel, el rey frailuno. Ojalá que la nueva edición de «Sermones de la Montaña» sea un arconte (3) que de estas mismas playas, de donde partieron las huestes del rey libertador, ayude a llevar a Portugal la llama abrasadora de las ideas de redención, que reduzcan a cenizas las cuerdas que mantienen al pueblo euniquizado por los esbirros de la Santa Inquisición y prenda fuego a la lúgubre bastilla de Salazar.

Mis deseos son que también el Brasil aproveche la presente edición. Al escribir estas líneas, tengo delante de mí el dístico que, tantas veces, lei en la vieja «Lanterna» del bravo luchador libertario Edgard Leunroth, de San Paulo (4) que, de nuevo, allí publica el vibrante semanario «A Plebe»: «O el Brasil mata a la Compañía de Jesús o la Compañía de Jesús mata al Brasil».

Roberto das NEVES

(Adaptación castellana de Vladimir Muñoz.)

Notas del traductor:

(1) «Sermones da Montanha» (Edizao Brasileira atualizada). Editora «Germinal». Caixa Postal 142. Lapa. Rio de Janeiro (Brasil). 1948. Esta obra de 352 páginas, puede adquirirse también en «A Plebe» (Edgard Leunroth. C.P. 5739. Sao Paulo) y Açao Direta (Prof. José Oiticica, rua Buenos Aires, 147. A, 2.º Rio de Janeiro).

(2) Filósofo pitagórico, muerto en 97. P.C.

(3) Arconte. Primer magistrado de las repúblicas griegas. Ningún «arconte» o ningún «magistrado» puede, por su esencia dominista, ser causa o símbolo de la libertad.

(4) Ciudad interior del Brasil, la más populosa del país.

BIBLIOGRAFIA

«Dor e Vida», poesía (1902).
«Evangelho dum Seminarista» (1903).
«Deserdados» (prefacio de G. Junqueiro) (1909).
«Sermoes da Montanha» (1909, 1912, 1948).
«Cartilha Nova» (1912, 1915).

«Origen da Vida» (1912).
«Memorias do Carcere» (1919).
«Musa Paga» (1921).
«Historia da Civilizaçao» (relacionada con la «Historia de Portugal») (1922, 1929).
«Cartas espirituais»—«A Mulher e a Igreja»—(1922).
«Ensino laico» (1923).
«As Congregaçoes e o Ensino» (1924).
«Guerra Junqueiro»—«Como ele Escrevia» (1924).
«Erro de Origen»—«Transformismo religioso»—(1925).
«Santa Clara-A-Velha de Coimbra» (1926).
«Coimbra» (Enciclopedia Pela Imagem) (1929).
«Questão Romana» (colaboración de Brito Camacho) (1930).
«No Rescaldo de Lourdes» (1932).
«Santo Condestavel». «Novas alegaçoens do Cardeal Diabo» (1932).
«A Igreja e o Condestavel» (1933).
«O Pulpito e a Lavoura» (1947).
«Agua Novas».
«A Cotovia» (Scenas da vida rustica).
«Novas do Calcanhar do Mundo».

LOS HUMILDES

*Escuchadme, vosotros, pueblo mío, cuyo
corazón es mi única ley.*

ISAÍAS, 51-7.

!!P

¡PUEBLO! Hoy aún, como hace veinte, como hace quinientos siglos, el mayor empeño de los tiranos es apartarte de la verdad, conservándote preso de la más afrentosa ignorancia. Ahora, como entonces, hay una casta maldita que te impide el derecho de ser libre, procurando esconderte de la razón y la justicia, haciendo de tu sentir y de tu querer lo mismo que tú haces, en el alambique, con el fermento de la uva que quieres destilar: comprimirlo.

Pero una cosa, en fin, debe animarte. Es que a tu alrededor, ya todo canta y fraterniza. De todas partes surgen voces que te gritan el ser libre; voces armoniosas, profundas, que juntamente nos convidan a descender en la noche de tu dolor, en donde manos criminales te sumergieron, para que ninguna luz te iluminase. Es porque tus ansias tanto claman, que vengo hacia ti. Esta es mi mano; ¡abiértala! Este es mi brazo; ¡arribal! Y ahora escucha.

Quiero enseñarte aquello que nunca los jefes, religiosos o laicos, quisieron que supieses. Porque, como verás en breve, tanto la Iglesia como el Estado, ha mucho que formaron liga, viviendo amancebados, bajo los misterios de esa religión fatídica, origen de tu inmensa, trágica miseria. Esos jefes tienen en la vida este doble fin: explotarte y rebajarte, como al rebaño siempre batido y conformado.

Unos y otros, para mejor esclavizarte y cautivarte, llaman virtud a tu trabajo, bendición de Dios a tu sufrir. Y piden que redobles el esfuerzo, que luches, que mueras, pero que no pases de la pobreza, sola virtud y sola bendición—según ellos—para ti, de los cielos. Y así te conducen a la ignorancia y a la miseria, volviéndote infeliz y despreciable.

Pero, si te quieren así deforme y desgraciado, es para que mejor sepas callar y obedecer, soportando con mayor resignación la dureza de tus inmensos infortunios. Te quieren deformado y sumiso, para que no puedas ni sepas erguir tu derecho contra ellos, siempre que a tu puerta golpean, hoy para llevar el pan de tu mesa, mañana el sosiego de tu hogar, después la inocencia de tus hijas y, por fin, y siempre, la única razón de ser de tu vida: la esperanza de ser libre.

Y así, tú, que pensabas ser alguien, no eres al final cosa alguna, visto que ni tú mismo eres.

¡Pueblo de los campos! Medita un poco sobre tu destino.

Repara que lo que sucede con tu querer y con tu sentir, sucede también con tu haber. Así esa tierra que trabajas, ese grano que siembras, ese pan que recoges, ese vino que cosechas, esos árboles que plantas, la propia mujer que amas, los hijos mismos que criastes, no te pertenecen como crees. Tú, que fuistes el obrero valeroso, el *alma mater* de esa pujante florecencia, eres en todo y siempre el viejo siervo que recibe las órdenes de mil amos, que se multiplican y renacen, como en la primavera las hojas verdes. Propiedad, regalos, esperanzas, progreso y bienestar, todo para ti se resume en este único derecho que te queda: el de morir. Más que el esclavo, porque es la bestia ciega, gimiendo bajo la carga que los tiranos y los cínicos amontonan aún, riéndose de su posición sobre tus hombros descarnados.

Pues bien: es preciso que levantes la frente y tires afuera el pesado fardo que te envilece. ¿Cómo has de hacerlo? Procurando tener la conciencia de tu posición y del camino que debes seguir.

Porque tú, siempre arrodillado en la miseria, entre el azadón y el arado, comiendo el pan negro y bebiendo el agua maloliente, tal como los perros sedientos; tú, que duermes en ranchos como las fieras del monte, comiendo mal, como animal inmundado, sin cultura, sin derechos, sin tierra ni hogar propio; tú así no eres hombre. Porque para juzgarte hombre, tienes que ser libre, y eres el más explotado de los esclavos. No eres tampoco pueblo, porque para serlo, tienes que ser soberano, y tú eres apenas la cabeza vacía de un vencido, el cordero hambriento, que agoniza entre un rebaño sumiso y fustigado.

Pueblo llamamos nosotros aquel que marca rumbos y vence. Y tú no orientas, eres mandado; no vences, eres vencido. Y no orientas ni vences, porque no sabes orientar ni vencer. Eres fuerte apenas bajo el fardo; eres libre apenas para el dolor. Con todo tu no nacistes para ese fin. Tú, que formastes el solar donde vivimos, le conquistastes la independencia, le vencistes las batallas y le ganastes la riqueza que ya tuvo y aún tiene; que le abristes los caminos, irrigastes los campos, sembrastes las florestas, construistes los acueductos, erguistes los puentes, edificastes las ciudades y para él descubristes y explorastes los océanos—eres el único que vives fuera de él, lejos de su cariño, huérfano de su amor. Te erguistes ahí hasta ser madre fuerte y fecunda; hicistes de él un imperio de riquezas, un lar de campos siempre fértiles, de montes siempre verdeantes—y hoy eres

CON PLUMA AJENA OTRA VEZ PAPINI



OMA.—Una semana sí, otra no, aparece en el «Corriere de la Sera», de Milán, una colaboración de Giovanni Papini. Son siempre dos columnas de notas, escritas en un estilo lleno de frescura, de gracia y de inteligencia. Me atrevería a decir que a todo lo largo de la contradictoria y desafiante obra de Papini nunca se leyeron antes páginas tan finas y transparentes. Como es natural—porque Papini es Papini—, él escribe de todo y sobre todo. Sobre el paisaje, sobre la muerte de Einstein, sobre el libro que Bargellini acaba de publicar del bandido Domenico Tiburzi. En Italia, donde el milagro se produce silvestre, la aparición de estas notas de Papini ha acabado por producir estupefacción. Papini es un hombre hoy tan enfermo, que otro, en sus condiciones, estaría retirado. El cuerpo se le ha venido petrificando al extremo de que no le quedan en actividad sino el corazón, el cerebro y el estómago. Casi no oye, casi no ve, casi no puede hablar. Sólo su hija logra entenderle, y es ella quien le lee y escribe.

Yo conocí a Papini en plena vitalidad, hace cosa de ocho años, y desde entonces siempre he ido a visitarlo cuando llego a Florencia. Era entonces un espectáculo verle en su tertulia íntima de los domingos polemizar con vivacidad y energía de un mozo universitario sobre todos los temas divinos y humanos, siempre audaz, provocativo, desafiante. Para muestra, el artículo contra la América Latina que nació de uno de aquellos combates que él suscitaba sin otro propósito que el de obrar de animador, como reactivo vio-

el primero entre los desheredados de ese lar. Esclavo de la última manada, eres ahora.

¡Triste cosa para contar y ser recordada!

¡Pueblo escarnecido! ¡Yérguete y marcha!

Es ya hora para que termines con tu martirio. Las prisiones en donde gimes y las cadenas que tienes, es justo y necesario que un brazo fuerte las pulverice y un fuego puro haga erguir de sus cenizas, tu lar verdadero.

¡Fuego de vida y amor! Puédase transmitir, tan vivaz como mi corazón... Fuego sin humo y sin rescoldos, pueda surgir como mi Razón, para llenar de bendiciones la tierra donde nací y aprendí a ser libre.

Y porque dicho fuego armoniza, luz del sentimiento, no lo apagues, pueblo, avívalo mejor, porque te renovará, te dará vida y fe, para que así puedas vencer el dolor que te acongoja y la profunda miseria que te roe.

Esa otra vida tan diferente, debes conquistarla, afin que merezcas la tranquilidad que aspiras, y sobre todo, la Libertad que dignifica a los hombres y ha de iluminar la Tierra entera.

Tomaz da FONSECA

(Adaptó del portugués V. M.)

lento. Verle hoy, con toda la lucidez de su imaginación y de su inteligencia, amarrado entre una cárcel de músculos tiesos, de huesos contraídos, es cosa tremenda.

Cuando publicó «El Diablo» ya avanzaba a la condición en que hoy se encuentra; pero el libro, que para mí, y en lo general para la crítica, no ha sido su obra feliz, a pesar del clamoroso éxito editorial, no tuvo reseñas favorables. Papini mantuvo con él, simplemente, el clima polémico que ha sido la razón de su vida. Pero en las notas que está publicando ahora, y con su último libro en que empieza a recogerlas, otra vez recobra tal prestigio, que la crítica se ha tornado en un clamoroso homenaje a su inteligencia. Ya no hay reservas. Produce estupor que pueda dictar con una voz que debe vencer las más grandes dificultades físicas para abrirse paso por entre unas cuerdas vocales duras, por entre una lengua que no obedece, páginas llenas de color, de vida, imágenes frescas de su infancia, que le vuelven a la noche clara de su mente en vela.

Su hija toma la pluma y comienza a poner en limpio el anuncio de mayo, que Papini va dictándole con sonidos que sólo ella comprende. Y escribe:

«Avanzada y nuevo triunfo del retardado sol. Gloria del celeste, del rosa, del oro. La tierra se siente amada y se entrega en la voluptuosa tentación de la luz. Consume abril, claro y aireado, sus últimos días; pero todas las criaturas que se afirman en la tierra, desde el tallo delicado del narciso hasta el rugoso tronco del castaño, esperan, llaman, invocan la furia creadora de mayo... Los blandos brotes se ensanchan, las hojas nuevas se abren, las turgentes gemas cada vez crecen más, pero esto es sólo el ensayo de la víspera, el trepidante prólogo de una fastuosa y festiva jornada nupcial... La naturaleza indolente, y al mismo tiempo impaciente, parece una mujer en flor del regodeo y del orgullo, que sabe que es amada y espera, de mañana en mañana, la llegada de aquel que ha de hacerla toda suya».

La página que ha dictado sobre la muerte de Einstein es hermosa en su dramática interpretación, en su ironía. Muestra cómo el sabio que detestaba el nacionalismo, el imperialismo, el racismo, el militarismo, todo lo que divide a los estados y contraponen a los grupos, soñaba en la concordia de todos, en la confederación de las naciones, en la paz eterna y universal. Pero Einstein, dice Papini, conocía la física y las matemáticas infinitamente mejor que la psicología humana y la historia de los pueblos. Fué testigo de las peores guerras, tuvo que emigrar de su patria y vilipendiar al propio país donde nació su gloria. Y ver que su grande descubrimiento llevaría a la amenaza de la destrucción universal. «No hubiera sido un genio auténtico, si no hubiese llevado, él mismo, en el pecho, hasta el final, el cuervo de la infelicidad».

Y así, escribiendo sin tener manos, viendo sin tener ojos, dictando sin tener lengua, Papini va haciendo la mejor de sus obras.

Germán ARCINIEGAS

DEL CIENTIFICISMO A LA TECNOCRACIA



A gran idea de finales del siglo XIX, la idea del gobierno por la ciencia—tan querida por Augusto Comte, Ernesto Renán y Marcelino Berthelot—está ya discretamente eclipsada y sólo evoca sonrisas conmovidas. Los hombres de buen sentido saben hoy que, si hay una ética de la ciencia, no existe una ciencia de la ética. Un postulado moral es una simple profesión de fe. De lo que es nada permite deducir lo que debe ser. Pretender extraer una norma de conducta de un simple juicio sobre la realidad, es trampear con la lógica. El mundo cognoscible no fija ningún fin a la conciencia humana; es lo inverso lo que se produce.

Sin embargo, muchos hombres se inquietan ante la idea de fundar un orden de la ciudad sobre el *credo* personal provisorio y reconocido como tal: ¿acaso no hay una infinidad de tales *credos* posibles y la autoridad constitutiva de toda sociedad formada, no se encuentra irremediamente quebrantada por la libertad de elección que supone la tolerancia, de pensamiento y de hecho, en relación con las experiencias voluntarias y múltiples? A falta de la Ciencia con una gran C, que se ha negado a facilitar las bases de una ortodoxia política, se recurre entonces a esos sucedáneos que son la Historia y la Técnica, la una substituyendo a la otra, según las necesidades de la sofística autoritaria.

La historia, como estudio conjetural de los hechos únicos del pasado, o como investigación crítica de los posibles latentes a través de la suma ínfima de los posibles *realizados*, no se presta de buen grado a legitimar, por un «diktat» unitario y ortodoxo, una canalización totalitaria de las creencias y de las voluntades humanas en un sentido determinado. No obstante, si se erige la Historia en sistema cerrado, atribuyéndole gratuitamente la materialidad y la inercia mecánicas, ¿puede presentarse como ley «impuesta» por ella e «inviolable» la extrapolación de ciertos fenómenos estadísticos groseros y luego exclamar, con ciertas probabilidades de ser escuchado: Desgraciados, los que os creéis libres de proseguir en vuestras preferencias íntimas por la libertad, ¿qué hacéis ahí? ¿No veis que intentáis falsear y obstaculizar el curso natural, irreversible y necesario, de la historia?

Y, a su vez, entra en acción la Técnica. De la acumulación en el curso de los diez, veinte o cien últimos años, de ciertos medios materiales en determinados lugares del globo, se pretende deducir las finalidades immanentes que estos medios suponen e imponerlos arbitrariamente a todo el universo. De la existencia de las rajadas de melón, Bernardino de Saint-Pierre, de idílica memoria, sacaba la consecuencia, por «la moral de la naturaleza», de que debía ser comido en familia; a su vez «la moral de la técnica» saca la misma con-

clusión de la existencia del cuchillo, del tenedor, etc. Pero nadie ha pensado en la diversidad de los gustos y de las normas de conducta y en constatar que hay diversas gentes a las que gusta el melón y otras a las que no gusta; a unos les es nocivo y a otros saludable.

«Tecnológicamente, el cuchillo para cortar el melón y el melón son hechos el uno para el otro; precisa, pues, usar lo máximo de su armonía pre-establecida», afirman los nuevos legisladores de la eficiencia.



La tecnocracia se envanece de diversas finalidades immanentes de ese género, por suponer una axiología implícita y una valorística «funcionalistas». «La simple búsqueda de la eficacia o de la novedad técnica, crea la belleza involuntaria, fatal e indiscutible», afirma, y no solamente la belleza, sino también la utilidad, la verdad, la justicia, etc. Así, ante ciertos dibujos de máquinas, vehículos o proyectiles (cuya «eficacia» negativa consiste en aniquilar masivamente a la humanidad) hémos forzados a inclinarnos, en homenaje a la «finalidad immanente» del objeto: y, por un recoveco imprevisible, no habremos escapado a la teocracia científica unitaria, gratuita y obligatoria más que para sucumbir en manos de su «ersatz», la tecnocracia. ¡La eficiencia, la tecnicidad, se convierten en un valor y en un fin en sí, los sólo universalmente evidentes e inteligibles, sin que nos esté permitido preguntar para qué la eficiencia es humanamente eficaz!

«Tecnicidad», una palabra moderna e impresionante para una muy vieja realidad: el *Know-how*, el «savoir faire», la habilidad.

Pretender que se haga de la habilidad la virtud suprema y el árbitro de las sociedades, es lo específico de la tecnocracia.

Pero es evidente que una tal concepción conduce a hacer «eficazmente» no importa qué, no importa dónde, por no importa qué; a *hacer* por *hacer*, sin otro criterio ni sanción que esta especie de «arte por el arte» transpuesto al plano de la industria. Tanto parece normal que el punto de vista del técnico, del «hombre de los medios», sea tomado en consideración en función de los fines ideales y de las necesidades materiales que se expresan en la sociedad, cuanto parece absurdo entregar al técnico la autoridad social, la *dictadura*, confiándole, como simples elementos destinados a unirse a su arsenal de materiales (a ese vasto almacén de accesorios que es hoy el de los «Tiempos modernos» de Chaplin) el conjunto de los intereses no técnicos en la sociedad: los del productor, los del consumidor, del filósofo, del legislador, por ejemplo, así como todos los valores irreductibles al funcionalismo tecnocrático.

El técnico no tiene otra misión que la de un administrador de teatro: legítimamente, no es ni el autor de la obra, ni el escenógrafo, ni el autor, ni el espectador, ni el crítico.

Una sociedad equilibrada sólo puede fijarle su tarea, asegurarle cierta autonomía, controlar su trabajo y extraer de él las lecciones pertinentes; no puede, en ningún caso, abdicar todos sus derechos y funciones en sus manos.

♦♦

Mas he aquí que, después de Burnham, anunciando ayer en un libro brillante, pero engañoso («The Managial Revolution»), el «Ser de los organizadores», un autor mucho menos brillante y no menos engañoso, Alfred Frisch, proclama en 1954 el inevitable advenimiento de la tecnocracia. ¿Este advenimiento resulta un bien o un mal? Rehusa juzgarlo: el fenómeno se produce y su utilización es cuanto se puede razonablemente proponer. La tecnocracia es «compatible», según él, con las formas políticas más diversas, con las más opuestas ideologías, y el tecnócrata, considerado en estado puro, no es ni un productor ni un pensador: no es un técnico, no es un experto, no es un «industrial» en el sentido saint-simoniano de la palabra; ni un planificador, ni un «manager», ni un candidato al ejercicio del poder político en nombre de la eficiencia particular de ciertos métodos.

¿Qué es, pues, en suma? Frisch evita cuidadosamente ilustrar su definición por completo negativa con ejemplos concretos, con precedentes históricos, con no importa qué que pueda prestarse a una controversia seria. Su tecnócrata es un ser razonable, una idea platónica, del cual él únicamente posee la visión directa y sin duda genial. En cuanto a nosotros, nos vemos reducidos a discutir sobre sombras que se perfilan, apariencias irrisorias, sobre el muro de la caverna.

Que nos esté permitido, sin embargo, suponer que, en su esencia, la Tecnocracia se opone naturalmente a todas las otras «cracias», tales como la soberanía de los «mejores», la del «pueblo», la de «uno solo» que son de carácter esencialmente político; y también a la de las leyes y ritmos de la naturaleza (fisiocracia) que forma el cuadro de toda escología verdadera. Detrás de todas esas nociones de Poder, se esconden, por lo demás, realidades psicológicas de naturaleza más o menos «religiosa», expresándose con fórmulas del tipo *Vox Pópuli*, *Vox Dei*. La soberanía de la técnica, es al mismo tiempo la divinización de la técnica, el hecho de tomar a los medios como fines.

♦♦

Los hechos capitales que han permitido la formulación (y, hasta cierto punto, el establecimiento) de la nueva *cracia*, parecen ser, en primer término, la interpretación materialista de la historia (en el sentido marxista o, más exactamente quizá, en el sentido de un marxismo vulgarizado, separado de su contexto y adoptado de forma difusa por los cuadros industriales y administrativos como ideología propia); y, en segundo lugar, la transformación del empirismo político intuitivo en un código bastante preciso de recetas, ligadas al uso generalizado de las técnicas modernas, que han recibido en América los nombres característicos de *mass-communication*; de *social-relations*, de *personnal management*, etc. El desenvolvimiento vertiginoso del aparato llamado de producción y del de la propaganda, en el sentido más amplio de la palabra, ha engendrado, desde los comienzos de la historia contemporánea—en el cruce de los siglos XVIII y XIX—una tendencia de los expertos, en una época particularmente confusa y dividida sobre el problema de los valores y de los fines, a cesar de considerarse como consejeros y como empleados, para reivindicar el título de alcalde (sino de dueño) del palacio. La *habilidad*, en la incertidumbre del «¿qué hacer?» aspira naturalmente a su independencia y por esto, coloca la primacía del «hacer» sobre todas las motivaciones y las finalidades posibles. Hacer grandes cosas, en el sentido «de poner en obra grandes medios» se convirtió en una ambición para todos aquellos que no se contentaban, como el abaye Siéyes, con «durar»; y las medias vueltas de los prácticos que, entre 1789 y 1815, sirvieron a tantos regímenes como «la Historia sacó de la nada», marcaron las líneas de un pragmatismo—digamos la palabra, de un nihilismo—que sólo dejaba subsistir un criterio: el *éxito*, en el sentido napoleónico de la palabra. Stendhal y Balzac han sido los testigos de las consecuencias de esta barbarie, como lo son nuestros novelistas y nuestros dramaturgos de hoy, y el saintsimonismo ha intentado consagrar, como hoy el comunismo, la idea de un ejército humano en el que cada miembro pudiese decir, como Hernani: «Yo soy una fuerza que marcha».

¿A dónde van hoy nuestros modernos técnicos de la negociación, de la propaganda, de la popularidad, de la industrialización, del manejo de las mayorías parlamentarias e incluso—último o muy viejo hallazgo—de la «esperanza»? No lo sabemos: Frisch no nos lo dice y quizá ni ellos mismos lo saben. Su pragmatismo parece hecho, ante todo, con la pereza de afrontar prácticamente los problemas (e incluso de pensar en ellos).

No hay siempre un buen Dios para los borrachos, y antes se echa a perder la salsa que se la mejora, cuando se cree que la buena cocina consiste en meter dentro de la cazuela «mucho de todo» para ver lo que resultará. Y ésta parece ser la receta universal de los señores tecnócratas, bajo el pretexto de que «no se hacen tortillas sin romper huevos».

Crear que todo nos está permitido, porque se cree todo posible, he aquí a lo que habrá clínicamente llevado el delirio de la voluntad de potencia, inspirado a los cerebros débiles por un siglo o dos de revolución industrial—destructora de todas las reservas energéticas del globo y de las fuerzas más íntimas de la humanidad. Nuestros sinarquistas son modernos Diafoirus, «cuyo cielo se enorgullecía de contemplar las hazañas y del que la tierra se apresuraba a cubrir las derrotas».

Remitámoslos a la confesión de Stalin, que, inquietándose (episódicamente) de las hecatombes campesinas del primer plan quinquenal, decía: «Nuestros éxitos se nos han subido a la cabeza».

André PROUDHOMMEAUX

Traducción: F. M.

Es seguro que un topo no ha podido jamás concebir un águila — José MARTÍ.

El socialismo es la organización de la libertad. — Héctor DENIS.

CUESTIONES PEDAGOGICAS

La educación de la niñez



DIGO un autor americano que la educación no termina nunca. Es cierto, pero ¿cuándo debe empezar? No pocos autores afirman que la educación ha de comenzar ya en el claustro materno. Nosotros, sin llegar a tal extremo, afirmamos rotundamente que la educación ha de dar comienzo el día mismo en que nace el niño. A fin de prepararnos a realizar semejante cometido, hemos de em-

pezar por «olvidar». Portarse de una manera racional es cosa sencilla que no exige estudio alguno; por el contrario, demanda de los padres un olvido absoluto de los prejuicios, teorías absurdas y convencionalismos que una educación defectuosa y la herencia depositaron en ellos. Es preciso que los padres que quieran educar perfectamente a sus hijos sepan arrojar lejos de sí, olvidándolos por completo, los conceptos religiosos, patrióticos, morales y sociales. No ignoramos que esta realización es difícilísima, porque son en gran número las personas que, habiendo logrado desligarse de numerosos prejuicios, no se puedan librar por completo del peso de esa montaña de ideas y métodos milenarios. No obstante, es preciso realizar un esfuerzo; tenemos el deber de hacerlo en beneficio del niño y de la humanidad futura. El cuerpo y el espíritu del niño son blanca cera que nosotros podemos modelar. Si nuestra responsabilidad frente a ellos es, por este motivo, enorme, no debemos olvidar tampoco que en ningún momento nos está permitido meter esa cera en un molde.

No se crea que la educación de un hijo, aunque tarea de responsabilidad, sea algo difícilísimo. Requiere firmeza y constancia, pero no es terrible ni superior a nuestras fuerzas. No debemos dejarnos conducir a extremos de ninguna índole; ni excesiva severidad ni excesiva despreocupación. Hemos de consagrar a este cometido toda la atención, pero debemos hacerlo con tranquilidad de espíritu y con la firme voluntad de vigilarnos a nosotros mismos constantemente. Todos los padres son capaces de educar debidamente a sus hijos por poco que se lo propongan y tengan en cuenta lo que en estas páginas explicamos. Y no se arguya que a causa de su poca instrucción no pueden, ni que las leyes le impiden desenvolverse con independencia, etc., etc. Nada de ello tiene valor, tratándose de la educación de los pequeños—no de la instrucción, de la cultura, que es cosa distinta y posterior—porque en nuestra casa, por humilde que sea, podemos hacer lo que queramos y realizar en ella la sociedad ideal por que suspiramos; podemos instaurar para los nuestros un verdadero régimen de libertad. Nada ni nadie es capaz de obligarnos a hablar de nuestro hijo de determinada

manera, a sonreírle o reírle, etc. Podemos, por tanto, poner en práctica nuestras teorías educacionales, teniendo presente que para el niño el mejor gesto nuestro, la más insignificante palabra, es una enseñanza. Si nuestra actitud es educativa, por tiránica que sea la sociedad, no podrá destruir nuestra obra, y mucho menos podrá impedirnos que demos toda la libertad que podemos otorgar a nuestro hijo; no podrá impedir en manera alguna que le enseñemos a pensar por sí mismo, a poner sus actos de acuerdo con sus ideas; que hagamos de él una individualidad.

Para lograr esto debéis tomar la costumbre, desde el primer día, de conceder al niño cuanto pueda serle concedido, negándole, en cambio, con energía en vuestra resolución, pero sin mostraros violentos ni iracundos, aquellas cosas a las que es imposible acceder o que son completamente irrazonables. Más adelante, cuando llegue a la edad de comprenderos, explicarle el por qué no podéis darle esas cosas. Sed benévolo para con las faltas que pueda cometer; observarle, procurad comprender sus intenciones, pero no le riáis ni le peguéis.

Todos los padres que tuvieron varios hijos y les observaron, no ignoran que el niño, a partir de las tres semanas, comprende cuándo puede obligar a su madre o a los que le rodean a someterse a su voluntad, gritando o llorando. Si sabéis que está bien, no hagáis caso de sus gritos y llantos. Cuando se cansa se dormirá. No os sometáis a su capricho, pero no sojuzguéis a él al vuestro.

Como quiera que no existe un límite determinado entre la educación física y la moral, no pocas de las faltas o errores que se cometen contra el cuerpo del niño, se reflejan más tarde en su estado mental o en su carácter. La regularidad en las tetadas y en las comidas, el sueño adecuado, una limpieza minuciosa y una higiene general absoluta no sólo serán factores de buena salud para el niño, sino que ejercerán una influencia beneficiosa sobre su dicha futura. Los niños normales que viven en un medio ambiente higiénico no son jamás irritables ni enfermitos.

Es deber de los padres, además, de dejar que el niño se expanda a sus anchas cómo y cuanto quiere. Claro que ello es cosa difícil. Pero probad de permanecer tranquilos, aunque el niño haga algún disparate. Sobre todo, nada de gritos ni golpes.

Hay algo en que los padres debieran poner especial empeño, y es en no dejar que todo el mundo coja en brazos y besuquee al niño. Aparte de las razones higiénicas que lo aconsejan, existen otros motivos de orden moral. Eso de que todos se crean con derecho sobre el chico, lo cojan, lo balanceen, le hagan cosquillas; o bien lo lleven a la ventana

para que vea la luna cuando apenas puede distinguir lo que le rodea, no produce en el niño otro efecto que el de excitarle los nervios y despertar en su cerebro sensaciones desagradables que ejercen, más tarde, perniciosas influencias. Nadie debe pasear, cosquillear ni zarandear al pequeño. Solamente los padres han de tomarlo en brazos, y aún muy poco tiempo. Pocos besos y exclamaciones cariñosas. La mayor demostración de cariño es dejarles en libertad y no pegarles. Es necesario que los adultos se desprendan de su egoísmo y dejen que el niño «viva su naciente vida».

*

Hemos dicho en otra parte que el niño no ha de ser educado según la voluntad de los padres para que sea esto o aquello, o bien para que piense de tal manera. No hay error más funesto. El niño ama la libertad y repudia los moldes. Basta que él se vea obligado a realizar una cosa o impelido a pensar según tal o cual método para que él tenga deseos de hacer lo contrario. Sin embargo, existen infinidad de padres—la mayoría de ellos—, aun en los campos llamados de avanzada, que quieren educar a sus hijos sometiéndoles a su idea, lo cual no deja de ser contraproducente.

Empeñarse en que el niño sea un inconformista, un rebelde o un revolucionario y educarle en este sentido, obligándole a aprender de memoria frases sonoras o himnos revolucionarios, no puede proporcionar otros resultados que el de hacer nacer en el niño una viva aversión hacia esas mismas ideas que queríamos inculcarle. Y lo mismo sucede en otros órdenes de la vida. Así, el único deber de los padres verdaderamente «avanzados», que deseen ver a sus hijos en las filas de los innovadores, reside en saber ayudarle a que se desenvuelva libremente y llegue a ser «él mismo». Si nuestras ideas sociales son justas, es lógico que el niño educado en un plan de libertad y de autodescubrimiento, las compartirá íntegramente e incluso las superará. Y si esto sucede, no nos escandalicemos. ¿Qué mayor orgullo puede sentir un padre que ver cómo el hijo avanza un paso más en el progreso ideológico?

Tal vez a este formidable error de querer hacer a los hijos

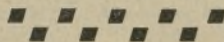
«iguales» al padre se debe el que tantos y tantos descendientes de hombres de avanzada, de teorizantes y aun de luchadores de vanguardia, no sólo no hayan seguido el camino de sus progenitores, sino que se comporten como verdaderos reaccionarios, anulando la labor y los esfuerzos paternos. Este bochornoso espectáculo se debe, indiscutiblemente, a una deficiente educación. También es debido, en gran parte, al hecho incontrovertible de que la multitud de «militantes», excesivamente ocupado en hacer propaganda, en preparar la revolución y en multitud de cosas por el estilo, olvidan que tienen familia: mujer e hijos. Algunos sienten tanta prisa por conquistar la «sociedad ideal» que ni siquiera dirigen la palabra a sus niños, preocupados exclusivamente por un programa de acción, o por el mejor método a emplear para que los obreros se afilien a un «ista» determinado. No jugaron con sus hijos, no compartieron sus inquietudes infantiles, no supieron hacerse amar profundamente de ellos, y el fruto de tal comportamiento es que su propio hijo engrosa el núcleo de enemigos de la sociedad ideal que quería implantar. Ello constituye, indudablemente, una verdadera tragedia para el hombre cuyo pecho está henchido de nobles anhelos e ideales, pero cuando la diferencia de pensamiento se manifiesta es ya demasiado tarde para remediarla.

Por tanto, es necesario recordar que, si deseamos que nuestro hijo ame las ideas que sustentamos, tenemos el deber de hacer que nos aprecien a nosotros. Debemos ser niños a su lado, interesarnos en sus cosas, mostrar atención en sus explicaciones; en una palabra, acercarnos a su alma para que él se compenetre con nuestro pensamiento. Y por encima de todo, vivamos en casa nuestras ideas. Ningún método persuade ni seduce tanto como el poner en práctica lo que pensamos. Todos los sermones dirigidos al hijo serán ineficaces si no van acompañados de ejemplos vivos. Realicemos en el hogar—dentro de lo posible—nuestros ideales, y los hijos serán individualidades libres.

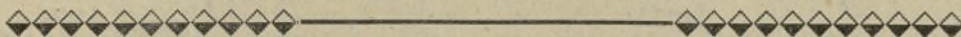
Profesor Samuel VELASCO Y LLAMAS



CUENTOS DE LA NOCHE



Los juegos del Amor



—¿Qué haces ahí plantado?—dijo el viejo, deteniéndose delante del mozo.

La noche iba cayendo. Esa luz difusa de los atardeceres de otoño extendíase por los campos, dando tonalidades dulces a todas las cosas. Las estrellas empezaban a parpadear, venciendo de los últimos resplandores del sol moribundo.

El muchacho quedó un momento sorprendido, sin saber qué decir. Era un adolescente espigado, robusto y fuerte, llevando muy bien unos diez y seis años que parecían veinte.

—Pues... espero...

—¿A quién esperas? ¿A la Marina?

Los ojos del muchacho centellearon.

—¿Le interesa a usted mucho saberlo?

—Más de lo que crees. Porque estoy dispuesto a avisar a sus padres. Sabes bien que no quieren que habléis.

—¿Y qué va usted a ganar con este papel de entrometido?

—Pues voy a ganar que no hagáis una barrabasada tú y la mocosa. No sois más que dos niños. Más te valiera ir a los cursos de noche de la escuela que pasártelas correteando detrás de ella.

—Si me la dejasen ver de día y a la luz del sol, ninguna necesidad tendría de esperar la noche. Y ya puede, si quiere, decirselo a su padre: aunque la encierren con siete llaves, la verá cuando me dará la gana.

—Mucha lengua tienes para tan pocos años.

—Me hace usted perder los estribos. ¿Es que no ha sido usted nunca joven ni ha tenido novia jamás?

El viejo se alejó refunfuñando.

Aquellos amores de Marina y Rafael eran la comidilla de todo el pueblo. El era un muchacho refugiado, hijo de españoles que trabajaban a medias una hacienda. Ella era la hija del más rico propietario del lugar. Sus amores empezaron desde niños, cuando los dos acudían a la escuela del pueblo. Ella era robusta, espigada, precozmente mujer. El a los catorce años parecía ya un hombre, atlético, fuerte, infatigable. Los padres de ella se emperraron, tan pronto se dieron cuenta del idilio.

—¿Un extranjero, hijo de refugiados políticos, por si fuera poco, casarse con nuestra hija única? ¡Jamás!

Si los tiempos hubiesen sido otros, habrían encerrado a la pequeña en un convento. Hoy ya era más difícil. Pero la golpeaban, cuando sabían que se había detenido con Rafael; la vigilaban de cerca. De hecho, todo el poblacho tomó partido por aquellos amores. La mayoría, con el espíritu conservador propio de todos los agros, por tradición y por chovinismo, apoyaba a los padres. Hubo una minoría bastante numerosa — en la que se contaba el alcalde del pueblo — que se colocó decididamente al

lado del muchacho. Valiente para el trabajo, sin ningún vicio, ejemplar magnífico de una raza sana, les parecía partido nada despreciable para no importa qué muchacha, por ricos que fuesen sus padres.

—No encontraréis yerno mejor, ni más cabal, ni más trabajador — le decían al padre de Marina. — ¿Qué importa que sea español? De buenos y de malos los hay en todas partes.

Tozudos, apoyados por miembros de la familia que pensaban en Marina para sus hijos, a fin de concentrar el capital hereditario, los padres seguían prohibiendo a su hija la frecuentación de Rafael, persiguiéndoles y hostigándoles.

x x x

No eran más que dos niños que se amaban y que juntos descubrían el amor. Sin que nadie les hubiese puesto trabas, durante mucho tiempo, a pesar de la precocidad impuesta por el contacto de la naturaleza, la vida ruda del campo, el espectáculo de los animales y el enviciamiento de la campiña francesa, no hubieran traspasado ese estadio de los juegos del amor, a través del cual sus sentidos iban despertando lentamente.

Para ellos, aún las citas que se daban no tenían otro objeto que corretear por el riachuelo, desnudos de pi y piernas, cogiendo berros juntos o cazando ranas. Algunas veces se sentaban el uno junto al otro, con las manos cogidas, besándose con timidez y con inocencia. Fueron los otros, los que incluyeron el olor malsano del pecado en lo que, hasta entonces, no había sido más que pura amistad, limpia de todo impulso sensual.

Como no podían verse de día, constantemente vigilados por cien ojos inquisitoriales — los de todos los enemigos de Rafael en el pueblo, sumados a la familia — empezaron a encontrarse por las noches.

Ella, cuando toda la casa dormía, descalza, saltaba por una ventana baja e iba a reunirse con él en la granja. Y durante horas rodaban sobre el heno, embriagándose con su perfume, sintiendo encenderse su sangre al mutuo contacto, con la complicidad de la soledad, de la luna, de los pájaros que cantaban, de los palomos arrullándose.

Fatalmente, jugando, jugando, los juegos fueron haciéndose menos inocentes. En el mozo, exasperado, una idea de hombre fué generando.

—No quieren dármele porque soy extranjero y pobre. Pues me la tendrán que dar a la fuerza.

Eran los dos vírgenes e inexpertos. Del amor sólo sabían lo que les decía su instinto y lo que veían hacer a los animales. Pero la obscuridad de la granja, el lecho

mullo del heno, saturado de mil perfumes, el calor de las noches de junio y julio, ¡de cuántas ideas nuevas les enriquecieron!

Jugando, jugando, fueron recorriendo en poco tiempo toda la gama de sensaciones que les iba descubriendo el camino de la revelación suprema. Cuando llegaron a ella, ¿qué y quién podía detenerles?

A la necesidad de las almas, que solo en la compañía la una de la otra se sentían contentas, se unió la necesidad violenta de la carne. Los dos eran sensuales, precoces, dotados de una animalidad poderosa y sana. Todo en ellos era instinto. La voz de la naturaleza hablaba con tal potencia que todas las demás voces eran ahogadas. Conveniencias, prejuicios, intereses, ¿qué eran para aquella fuerza que emanaba inconsciente y soberana de lo más profundo de sí mismos?

Marina sufría en silencio todas las palizas. Con tal que le dejaran las noches libres, ¿qué le importaba estar medio encerrada de día? Rafael sólo vivía pensando en la hora en que el sol se pondría, en que las sombras irían extendiéndose por los campos, en que la granja acogería una vez más sus transportes.

× × ×

El día en que la madre se dió cuenta de que la chica, que acababa de cumplir quince años, estaba en cinta, el cielo pareció desplomarse sobre su cabeza.

—¡Miserables! ¡Guarros! ¡Lo habéis hecho adrede para obligarnos a autorizar el casamiento! Pero ni aun así lo conseguiréis. ¿Creéis acaso que vamos a consentir que todos nuestros bienes vayan a parar a manos de esos rojos, que quién sabe los crímenes que habrán cometido en España? ¡Jamás, oyes, jamás consentiremos que te cases con él! Y tú irás a dar a luz a la Maternidad, donde dejarás ese retoño del diablo, para que reviente o crezca fuera de ti. Más adelante, cuando esa locura te haya pasado, ya encontrarás un hombre cabal para casarte como Dios manda.

Marina se irguió ante su padre con los ojos centelleantes.

—¡Ah, eso sí que no, padre! A la Maternidad no iré yo y si voy a ella, de allí saldré con mi hijo.

—¡Cállate! ¿Quién eres tú, perdida, para imponer condiciones.

—Me pondré bajo la salvaguardia de otras personas, para que ustedes no puedan intentar nada contra mí y mi hijo.

—¿Te vamos a desheredar!

—¿Creen ustedes que me importa algo su fortuna? Prefiero Rafael por encima de todas las cosas.

El drama de aquellos amores contrariados; aquella pasión infantil madurada y ya granada, empezó a aureolar a Rafael y Marina de un halo novelesco. Fueron Romeo y Julieta rústicos, gaje de luchas de intereses y de ideas, en las que ellos eran ajenos e inocentes.

Unos les criticaban despiadadamente; otros les defendían con pasión. Hasta la castellana del pueblo llegó la historia de aquel idilio. Era una mujer ya entrada en años, que había sido en su juventud hermosa y cuya vida, según decían, fué agitada y aventurera. Bailarina en su mocedad, un conde se enamoró de ella y la adquirió a cambio de un matrimonio. Pero dentro y fuera de él, la dama siguió siendo muy libre de vida y de pensamiento.

Un día, regresando Marina del pueblo — estaba ya bastante avanzado su embarazo y se notaba a simple vista — se encontró con la señora del castillo, que regresaba en un landó descubierto.

Hizo parar la dama al coche, y llamó a Marina.

—¿Y bien, pequeña, cómo van tus asuntos? ¿Dasearman tus padres? — le preguntó sonriendo. ¿Te dejarán casar con Rafael?

—No lo sé, ni me importa. Con tal que pueda irme a vivir con él y con mi hijo, es todo lo que deseo.

La señora la contempló un momento, enternecida. Por su mente debieron pasar recuerdos, imágenes de un pasado ya lejano. Sus ojos se humedecieron ligeramente y alargando la mano acarició los rizos negros de Marina.

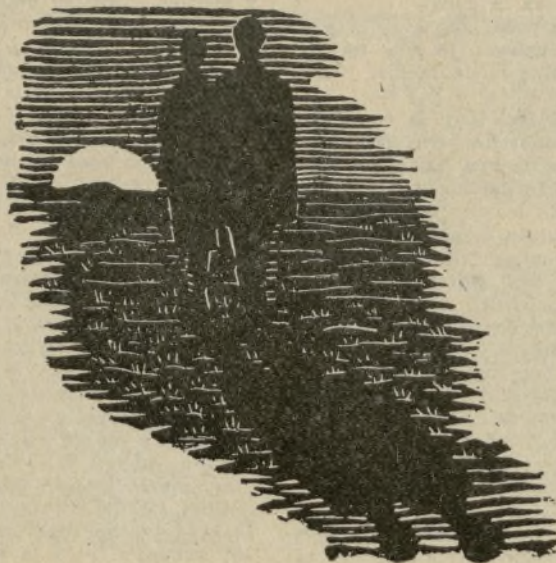
—¡Pobre pequeña!... En fin, no te quejes. Estás viviendo los días mejores de tu vida...

Luego una sonrisa maliciosa entreabrió sus labios, que aún guardaban, en su línea delicada y armoniosa, recuerdo de la gracia y el frescor de antaño:

—¿Y cómo lo habéis hecho, picaruelos? ¡Si no sois más que dos criaturas! ¡Si estáis en edad de jugar!

—Pues... así lo hemos hecho, señora — murmuró Marina, entre confusa y divertida —. Lo hemos hecho... jugando...

Federica MONTSENY



— DIAGRAMA —

DIALOGOS DE TODOS LOS TIEMPOS

OPTIMISTA.—Todo parece indicar, querido escéptico, que el mundo olvida los devaneos guerreros y, percatado de la aterradora grandeza de las armas recién descubiertas, opta por la «convivencia» y la «coexistencia», elevando estas palabras—un poco extrañas a jergas humanas—a los altares de la Paz, por encima de razones políticas, estratégicas y morales, que suelen ser, a fin de cuentas, sinrazones.

ESCEPTICO.—Sí, veo que el mundo acalla el espíritu bélico, pero doy en vena de razonar—esta angustiosa y persistente manía de pensar—si la civilización será tan civilizada, como para admitir «coexistencias» con razones de vivir distintas y, además, si la historia que une los pueblos merced a adelantos insospechados en esta era atómica y electrónica, permitirá balanzas de poder, que atentan contra la Humanidad en un aspecto fundamental: el hombre.

OPTIMISTA.—¿El hombre...? Y, qué puede significar esa célula ínfima, diminuta, tan sin trascendencia. El gregarismo ha hecho mella en su estructura y debemos felicitarnos del terror colectivo estatal, que facilita un desenlace feliz: paz precaria, pero paz al fin.

ESCEPTICO.—Olvidas, o mejor dicho pretendes olvidar, para justificar tu optimismo conformista, que esa catadura ínfima es la creadora de todo este retablo, tan parecido al de Maese Pedro, tan lleno de ilógica grandeza—porque la grandeza es ilógica—. Fíjate bien: la Naturaleza crea al hombre y ésta a la Humanidad, para que, a su vez, ésta minimice a ese creador; minimizar la célula es aterrador puesto que significa desprestigiar la base de la estructura orgánica y aquí surge el meollo de esta dramática situación: Todos los elementos que desprecian su origen, mueren por consunción, puesto que violan las reglas naturales por las cuales fueron creados. La Humanidad corre ese gran peligro: olvidar sus fuentes. Está deshumanizándose, al tiempo que reverdece su religiosidad, o lo que es lo mismo: busca una explicación, sin base que atenué este drama.

OPTIMISTA.—Tonterías. El progreso material acerca los pueblos. Televisión, refrigeración, transporte a propulsión o retro-impulso (como se dice en la actualidad); esferas celestes de invención humana, futura conquista de los espacios estelares. ¿Es esto deshumanización o glorificación de la estirpe humana...? ¿No sigue acaso su marcha la razón...?

ESCEPTICO.—(No le contesta; se queda absorto y entra en un soliloquio, que el optimista escucha en silencio). ¿La

razón? Extraña palabra que entraña el conocimiento del «yo» y su relación con el tiempo y el espacio. ¿La razón? Hablo con los lenguajes primigenios que más semejaban sonidos guturales; bronco balbuceo el del alborear de la razón. Posteriormente fué el arameo, el sánscrito, el siríaco, el parsí, el nubio, el egipcio. Fué en griego como se encontró con un conflicto—ya intuido por el chino, el indostano y el persa—donde lo libre se enfrentaba con lo esclavo, sumiendo al espíritu en dudas; y, después, cuando el latín se impuso a las lenguas dispares pero señeras en su tiempo: las etruscas, cartaginesas y egipcias, para codificar la grandeza de un imperio—a la postre polvo—donde el conflicto volvió a surgir. Y así, hasta la sucesión de los siglos y la aparición de los lenguajes actuales, tan terriblemente flexibles que, lo mismo ensalzan la libertad, como la tiranía. Y, por si fuera poco, se ajetrean las grandes figuras de la ficción encuadrándolas—muchas veces—en casilleros impropios de su grandeza.

Así, nuestro Sr. D. Quijote, manchego de nacimiento, es elevado por los truhanes de las cofradías de la fe, a un sitial de sus preferencias, al dar en decir que, el espigado y armado caballero—de vivir en estos azarosos tiempos—andaría con camisa azul, yugo y flechas, como todo un «cruzado» falangista. ¡Maltrecha andara su magra estampa y su noble espíritu si tal aconteciera! No recuerdan que él liberó a los galeotes, además de hazañas sin cuento, que no viene a cuento mencionar. Aunque no estaría de más esa extraña cuarteta de Cervantes, cuando refiriéndose a España dice con énfasis patético:

¿Será posible que
continuo sea...

Esclava de naciones extranjeras?

¿Y que un pequeño tiempo yo no vea

De libertad, tendidas mis banderas?

OPTIMISTA.—¿La razón, dices...? Su vida es azarosa; su porvenir incierto. Yo quisiera soñar como tú y si tal intentara podría creer en un mundo de continente más noble que el mencionado. Si procurara abstraerme vería la escena terrestre en el devenir... ¡Aquí está...! «... y las armas fueron tan terribles que vencieron las barreras de la intolerancia con su lógica aplastante e inundaron de pavor a los propios guerreros. Y, fué entonces, cuando, amedrentado el Estado y temeroso de la potencia de sus propios resortes, proclamó la era de la paz y la convivencia. El ser combativo que lleva en sí el hombre se aprestó a luchar contra el reto constante de la Naturaleza. La lógica de los hechos se impuso y terminadas las rencillas mundiales, el objetivo fué el Siderio.

Las angustiadas miradas de los telescopios miopes se trocaron en agresivos aguijones de cohetes ultra-rápidos que, poco a poco, fueron perforando la órbita de nuestro planeta para atravesar la de cuerpos celestes que danzan, con su enigma, en el espacio...» ¿Te gusta esta abstracción? No me negarás que todo ello suena a actual, que no parece tan utópico como las arcadias imaginadas por Sir Tomás Moro y otros ingenios, en épocas menos propicias.

Pero, aparte de ello, hay algo que es «hoy». La vida florece y produce íntimo regocijo sentirse vinculado a ella. La risa de los niños, las flores, el panorama siempre nuevo de la Naturaleza, con el variado cortejo de criaturas de toda laya que por ella pululan y, por sobre todo, la actividad desbordante del hombre; su fe en el futuro. En efecto, estudia el problema de la desintegración, pero, al mismo tiempo, crea los antidotos para ella en peligroso juego de nivelación que, hasta ahora, ha resultado salvador. Fijate en el asombroso drama de la conquista de un mundo que, en sus principios, resultó hostil al primate obstinado y vencedor que fué el «homo sapiens». Sacude, pues, tu pesimismo y recuerda al siempre joven persa Omar cuando dice en su «Rubaiyat»: «Khayyám. ¿Por qué lloras tanto por tus pecados? ¿Qué ganas librándote a tal tristeza? Ya que la misericordia no es para los justos y no se despierta sino al ruido de nuestros pecados, ¿por qué gemir?

ESCEPTICO.—¿Qué podría decirte? El mundo actual es una tierra erizada de contadores Geiger y la radioactividad que éstos señalan, cada vez en mayor escala, es el movimiento del péndulo que, con su marcha monótona, nos aproxima cada vez más a la muerte.

Bellas palabras me has dicho. Pero recuerdo las palabras del Crispín benaventino con su amargo fondo de verdad: «Y ¿quién se atrevería a decir que no es esto todo? ¿No es así la vida, una fiesta en que la música sirve para disimular las palabras y las palabras para disimular pensamientos? Que la música suene incesante, que la conversación se anime con las alegres risas, que la cena esté bien servida... es todo lo que importa a los convidados...»

Del viejo Omar también este canto: «Porque si bien se mira la vida no es más que un inmenso tablero de ajedrez, cuyos cuadros blancos son los días, y los negros las noches, y en la cual el Destino juega con los hombres como con las piezas; los mueve de aquí para allá, y uno por uno van a parar al estuche de la nada...»

Todo son palabras, querido optimista. A veces creo que nosotros somos palabras formadas por un extraño vocabulario en busca de su oración.

OPTIMISTA (vehemente).—Pero yo he visto morir y no por mera acción de la Naturaleza. No es el ciclo que se cierra, sino la aurora sumiéndose en el abismo. Y ¿por qué? No ciertamente por palabras, sino por sentimiento hecho realidad: sentimiento social. ¿Extraña asociación de palabras? Quizás aquí completemos ese vocabulario de que me hablabas. He visto morir por la libertad y esa muerte no sólo era trasunto de sabias palabras, sino concreción de ellas. Por ello creo en el mundo; creo en este tinglado de la farsa y en sus soportes más humildes: los tramoyistas de escena que hilvanan en el anonimato los menores detalles del espectáculo; por ellos, impulsores en la sombra; la gracia, el ingenio, la sabiduría están transformando constantemente los cimientos de la sociedad que, repudia la soledad orgullosa e inútil para proclamar la grandeza armónica del conjunto. ¿Quiénes somos nosotros para creernos dioses? Y no es humillación ni desprecio a sí mismos admitirlo. Juntos marchamos en el concierto vital. Podemos aspirar a solistas, pero no a orquesta. Podremos así, quizás, tañer la lira infinita del espacio, si nos percatamos de nuestra pequeñez; si nos volvemos humildes. No hace falta ser deísta para percatarse de la grandeza cósmica y que nosotros formamos parte de la misma y sus constantes mutaciones. Y todo ello, el hombre puede hacerlo. Lo hará.

Adolfo HERNANDEZ

En México, D.F., enero 1956.

El capitalismo moderno se desarrolló en un tiempo en que Europa se hallaba políticamente desgarrada por la evolución de los grandes estados modernos, de modo que el nuevo orden económico tuvo que ajustarse en cada país a las formas estatales ya existentes. La disgregación desastrosa del territorio económico no fué causada por el capitalismo: fué la consecuencia ineludible del desmembramiento político causado por la política de fuerza de los Estados nacionales, que tenía que repercutir nefastamente en las nuevas formas de la economía. Aquí está la verdadera raíz del mal, y el que la busque en otra parte, no saldrá nunca del círculo de la ceguera mental. Esto lo estableció Proudhon hace cien años, cuando gritó a los oídos sordos de sus contemporáneos con apremio justamente trágico: «El siglo XX abrirá la era de las federaciones o la humanidad se hundirá nuevamente en un purgatorio milenarío».

RODOLFO ROCKER.

DIVULGACIONES CIENTIFICAS

LAS POLVOREDAS MORTALES

El polvo que levanta en su trabajo el minero es mortal. La demostración de ello no tiene necesidad de ser hecha. Cada año, miles de hombres sucumben atacados por la silicosis.

Ved aquí una estadística edificante concerniente a la Alemania Occidental. En 1951, 5.194 casos de silicosis fueron constatados la primera vez; 1.458 casos mortales han dado lugar a indemnizaciones. En el mismo año se han constatado 787 accidentes mortales, que han dado también lugar a indemnizaciones. La silicosis provoca, pues, actualmente, dos veces más de mortalidad que los accidentes.

Ello no era así antes de la guerra. En 1937, por ejemplo, y por toda Alemania, sólo hubo 1.543 casos que fueron objeto de una indemnización, 568 casos mortales, mientras que los accidentes mortales sumaban 847. Si se consulta esta estadística, se concluirá que el número de casos de silicosis mortales es, dentro de la República Federal, tres veces más elevado que dentro de la Alemania entera de antes de la guerra, mientras que el número de accidentes mortales es el mismo.

En Gran Bretaña, el número de casos de silicosis, en 1951, se ha elevado a más de 3.500, de los cuales en una sola región minera del Sud del País de Gales, hubo 1.400.

Esta progresión del mal no es solamente especial en el Ruhr; ella se constata en todos los países; en Francia como en otras partes. Antes de la guerra podía parecer suficiente el indemnizar a las víctimas. Hoy no es suficiente limitarse a ello. Es necesario buscar las causas del espantoso desenvolvimiento e intentar frenarlo.

Hay que reconocer que la industria minera ha estudiado con perseverancia y científicamente las condiciones en las cuales la silicosis se producía. En Francia, el Gobierno ha creado un comité que estudia el problema de las polvaredas; la Caja Autónoma de la Seguridad Social Minera ha empezado una campaña de investigación y de propaganda alrededor de la silicosis. Los «Charbonnages de France», han procedido a estudios sistemáticos que han dado su resultado. Lo mismo pasa en diferentes países. En Alemania, las minas, han creado en Bochum un Instituto de búsquedas sobre la silicosis, mientras que la Universidad de Munster ha organizado un Instituto Nacional. En Inglaterra, una Comisión Especial, ha estudiado el problema en el País de Gales y organizado, sistemáticamente la lucha. En los Estados Unidos, particularmente en Pensilvania, la Oficina de las Minas ha seguido, desde 1942, el estudio de la polvoreda. Los explotantes, han organizado, bajo la dirección del Instituto de la antracita, una comisión de silicosis y, en 1952,

seis laboratorios estaban afectados a este estudio. La mayoría de los países mineros han seguido este camino. Es conveniente señalar de modo particular a la Unión sud-africana, donde la silicosis ha hecho inmensos estragos y donde una lucha vigorosa ha sido llevada a cabo.

Estas búsquedas han obtenido unas conclusiones que no son aún completas, pero que en lo más esencial son bien llevadas.

La silicosis es debida menos a las partículas de carbón que a las de las materias rocosas. El minero de las minas metálicas, el de las galerías de busca, está más sujeto y presenta lesiones más graves que el que pica y trabaja en la extracción. Se discute incluso para saber si el carbón puede considerarse responsable de la silicosis; en todo caso, su responsabilidad es venial.

Está establecido, en segundo lugar, que la silicosis deriva de partículas infinitamente pequeñas, cuya dimensión no pasa de cuatro «micrones» y quizás de dos. Las partículas mayores, penetran menos profundamente dentro de los pulmones y son más o menos evacuadas con las mucosidades pulmonares.

La producción de estas partículas infinitamente pequeñas ha sido sin duda siempre, resultado del trabajo en la roca, sea cual sea el utensilio empleado. Pero ello ha alcanzado mucha más importancia con la mecanización. Los martillos y demás utensilios mecanizados, movidos por la fuerza eléctrica y que han tomado el sitio del pico tradicional, atacan la roca a una velocidad acelerada y la pulverizan en finas polvoredas. La segunda fase de la mecanización, posterior a la guerra, ha ciertamente efectuado una agravación del peligro. Así se explica la progresión del mal que la estadística alemana pone en evidencia.

Que estas conclusiones merecen ser confirmadas y sobre todo precisadas; que nuevas búsquedas deben ser efectuadas, incluso por los mismos resultados ya obtenidos, ello es evidente. Pero, desde este momento, el mal y sus causas han sido determinados. El momento ha llegado de buscar el remedio y de aplicarlo.

Los estudios técnicos, afortunadamente, han seguido a las investigaciones medicales, habiéndose notado la eficacia de ciertos métodos. La Oficina Internacional del Trabajo ha reunido una comisión de expertos que ha tenido dos sesiones en 1950 y 1952, y que tendrá una tercera en 1956.

Estos expertos han formulado ya un plan de recomendaciones completas. Ellas comportan, consejos interesando la explotación de la Mina, otros que hacen valer el interés de ciertas precauciones, pero sobre todo, definen los métodos susceptibles de ser seguidos sistemáticamente. De una par-

◆◆◆◆◆ POR LOS CAMINOS ◆◆◆◆◆ DE LA ANARQUÍA

1.—El objeto de la anarquía es lograr por la fraternización humana, la mayor suma de felicidad terrestre para el hombre.

2.—Estudiando las obras de los grandes precursores del anarquismo (Warren, Thoreau, Godwin, Proudhon, Stirner, Kropotkin, Mella, etc.), se deduce fácilmente la precedente afirmación.

3.—Los argumentos de los grafómanos al incondicional servicio del civismo dominista, sobre la «malevolencia» de la anarquía, descansan en pilares tan falsos y sospechosos, que se desplomán ante un sincero y sereno examen de la cuestión.

4.—Tiende la anarquía a la desaparición del burgués y del paria, para que ambos den paso a un hombre cuyo nivel cultural posibilite el fraternismo anarquista.

te, el empleo del agua, sea por inyección dentro del macizo, sea por inyección o pulverización dentro de los utensilios mecanizados. El empleo de máscaras, la precipitación de las polvoredas en suspensión en el aire, la pertinente ventilación, son también recomendadas.

Estos métodos han sido más o menos aplicados completamente, a veces con mucha perseverancia y notable competencia.

No obstante, ellos no han sido aún prescritos por la mayor parte de reglamentos impuestos por las autoridades públicas. Sólo se limitan a recomendaciones generales y baldías, tales como la que contiene el artículo 34 del reglamento francés: «Son tomadas medidas para proteger a los obreros contra las polvaredas cuya inhalación es peligrosa».

Se encuentran aquí o allá, algunas reglas más precisas. El reglamento federal americano y el británico, señalan la necesidad de agentes húmedos o mojanteros. El reglamento belga impone sea llevada mascarilla. Las precauciones para evitar el peligro son al igual previstas por el reglamento alemán. Pero el examen de todos estos textos demuestra que las prescripciones son muy insuficientes y, en la mayor parte del tiempo, inferiores a las medidas practicadas en general dentro de las explotaciones bien llevadas.

Este retardo en la reglamentación sobre las prácticas defensivas más modernas no representaría más que un inconveniente mediocre si la silicosis estuviera en regresión. Desgraciadamente, no es así aunque es ya una apreciación optimista el afirmar que su aceleración ha sido frenada. Mas aún se está lejos de dominar el mal, a despecho de la llevada a cabo para ello.

Traducción y recapitulación,

J. PEREZ GUZMAN

5.—La culturización evolutiva y progresiva del género humano, basada en la luz de la armonía social, sin despojos, sentencias de muerte, venganzas, acaloradas protestas y violencias, gestará el feliz alumbramiento del alba anarquista.

6.—La anarquía la practicó Cristo, el que pereció crucificado y lapidado por los doministas de la época, de cuya ideología emancipadora se basa la autoritaria y absurda religión «cristiana» para mantener el ya conocido lema del arquismo: «Odiaos los unos a los otros».

7.—Se encamina el hombre anarquista hacia el HOMO SAPIENS de Linneo, y se estanca el hombre arquista en el HOMO BELICOSUS de Calístenes (o el HOMO POLITICUS del autoritario Aristóteles).

8.—La anarquía es diversa y multiforme como la misma vida. Sería mal interpretarla mediante unilateralismos dogmáticos. Pero una unidad común hermana a todos los anarquistas: la negación ante la imposición dominista, encumbra en la plutocracia y la hidra del Estado liberal o totalitario.

9.—La anarquía es el ansia de libertad y de fraternidad que todo hombre lleva dentro de su bondad humanista.

10.—La anarquía es, por lo últimamente dicho, imperecedera. Ninguna ley o decreto gubernamental, ningún dogma religioso, ninguna arma de los militócratas arrastrables, ninguna imposición dominista, pueden lograr la fraternización humana, basadas como están en la esclavocracia social. Y como el hombre desea la armonía humanista, podemos deducir, que sólo pudiéndosela ofrecer la anarquía, ésta es pues inextinguible.

11.—La sana y vigorosa filosofía anarquista tiende a la persuasiva expansión y a la penetración pacífica de los cerebros, embrutecidos por milenios de instinto arquista, para, cual el sol que por doquier se prodiga, fecundar con la savia vivificadora, el generoso parto hacia la luz armoniosa de Acracia.

12.—El anarquista es un ser partidario de la sociabilidad amistosa, deferente y honesta; empero, huye como de la peste del «socialismo» uniformista, nivelista, gregario, acérrimo enemigo del subjetivismo libertario.

13.—La anarquía es, ante todo, una sabiduría ética. Exalta y ennoblece al individuo, célula básica del conjunto humano. No para confinarlo en un «rinconismo» narcisista y ególatra, sino para en él edificar una sabia personalidad que florezca con el más hermoso de los fraternismos.

14.—No puede el anarquista odiar al hombre, pues es su evangelio de amor. Critica a los «uniformes» que el hombre se enfunda: libreas lacayunas, sotanas eclesiásticas, trajes militares y policiales, etc. Pero no olvida que debajo de esos trapos late también un corazón, propenso a encarrilarse por

los derroteros de la luz (Kropotkin fué un «paje del emperador», Sebastián Faure desertó de la sotana, etc.)

15.—Aun si la marejada dominista lo inunda todo, el anarquista se replegará hacia las insulas de la libertad. Vigilará la tormenta desde su «tour d'ivoire vivante» (Lacaze-Duthiers dixit) e iluminará con su faro las tinieblas de la negra noche.

16.—El «masismo» rebañiego con el cual inicia Chaplin sus «Tiempos Modernos», bueno es para el marxismo economista, demagógicamente obrerolatra y estatolatra. Confundir al anarquismo con esto último es padecer deformante miopía.

17.—Tiende el anarquista hacia la superación ética, evitando el cáncer de la «mejoración económica». Todos los anarquistas que en verdad fueron, vivieron y muy pobres murieron. Los que llegaron a las playas de la anarquía por reclamaciones panchescas, en cuanto aseguraron el mendrugo se rajaron como leña seca o se desbandaron como liebre acosada por los galgos.

18.—Lejos del pensamiento anarquista el odiar al burgués por su económica y desahogada posición. No se trata de que el rico se vuelva pobre, sino de que todos, ricos o pobres, disfruten del bienestar económico. Lo que el anarquista critica en el burgués es su tiranía económica, fomentadora y perpetuadora de la esclavitud social.

19.—El anarquista es un fermento a-cívico de rebeldía individual y de rebelión social. Como es soberano intransigente de su yo físico y moral, prefiere en todo momento ser el can indómito de los campos de que nos habla Tagore, al obeso y lustrado mastín encadenado, para guardar a ladrillo limpio, las miserables posesiones de los ricachos.

20.—El anarquista debe ser educado y culto. Su escuela está en la calle y en la vida. La mejor satisfacción radica en su cultura. Cultura al margen de las enseñanzas legisladas del civismo militante, acérrimo defensor de lo autoritariamente instituido.

21.—No puede desear el anarquista que el dolor se cobije en nadie. ¡Que el tirano económico se vuelva un hombre libre y no un miserable social! No se desean nuevos ricos, pero tampoco nuevos pobres.

22.—La perdurable valoración de la anarquía reside en su permanente crítica de la tiranía económica, la sola real y persistente por doquier en el mundo autoritario, no obstante los transitorios cambios de los comandos gubernamentales (o tiranías políticas).

23.—Anarquismo y fanatismo no pueden vivir juntos. La morada de la anarquía tiene de par en par abiertas sus ventanas, para que por ellas penetren todas las ideologías humanas, afines o contrarias. De la libre confrontación ideológica, resurge siempre más purificada.

24.—Hay individuos que propagan tal nivelismo proselitista (o «dictadura de clase») que quisieran emplear siempre el metro y el molde. Sabedlo de una vez: un anarquista siempre será un original entre los originales, un ser libre entre los libres y un singular entre los singulares. En el jardín de acracia el hombre no es un número de un cuadrículado o una cifra de un aglomerado.

25.—El talento o el genio del preclaro anarquista siempre se vió más angustiado materialmente que el meramente adesperto. Lo cual importa poco si se entiende que la anarquía es

una sabiduría de conciencia y no un problema de existencia.

26.—La igualdad mental no existe. No se pretenda, pues, que todos cavemos la tierra: pues el mundo más libérrima siembra necesita en las conciencias que alimenticias semillas en los surcos de la tierra. Si el pan es primordial y necesario, sea únicamente para alimentarnos del pan mental que nos es más que necesario.

27.—La vida será siempre una lucha ética, para oponer el determinismo armonioso del hombre humanizado al determinismo caótico de la naturaleza. No imaginad, pues, a la «sociedad futura» sin obstáculos. Un mundo libre, deberá siempre ser renovado por la libertad.

28.—No se trata del aniquilamiento de los no anarquistas (toda «destrucción» es arquista), pues siendo la anarquía un fruto de la analítica razón, nadie nació anarquista y, por lo tanto, todo el mundo debería ser «aniquilado»; sino de la libre y respetuosa amistad con todos los seres de ideas ajenas o contrarias.

29.—Desnacer no es sinónimo de «destruir». No se ha de pretender reedificar un mundo mejor con bajos instintos destructivos, sino, más bien, desintegrando culturalmente el mal social y cultivando amorosamente el bien.

30.—La doctrina del Amor (o anarquía) sólo podrá florecer en el vergel de la pacífica libertad y, de ningún modo, cultivando las pasiones del odio social. Para ir hacia el Amor no se deben hurgar heridas, sino abrir corazones con la luminosidad anarquista.

31.—Ser anarquista no es estar cegado por la pasión, arrastrado por el irreflexivo error e impelido por el pavor. Ser anarquista es ser libre, poseer el uso de la razón y hallarse en el sereno control de las facultades mentales.

32.—El odio hacia el burgués es «odio». Hay que cultivar burgueses (como Sempere en Valencia y convencerle hacia la propaganda libertaria). «Asesinar» burgueses es ser «mílico» sin uniforme. Lo que hay que barrer en el burgués es la noción dominista y que hace de él un explotador económico. Y respetar su vida, preciosa como toda vida.

33.—El tiranicidio es un ilusionismo: la desaparición física de un hombre no significa la desaparición de la tiranía económica. Lo que hay que abatir cultural, pacífica y progresivamente, es dicha tiranía.

34.—Parafraseemos un poco: «¿Cuándo se comprenderá, que en lugar de emplear fuerzas en destruir, es más útil a la humanidad emplearlas en un trabajo productivo? No se debe pretender hacer desaparecer de la sociedad a los burgueses como a microbios disolventes» (Juan Grave). Y esto de Büchner: «La lucha por la vida de todos juntos, en vez de la lucha de un bando determinado; el amor universal, en vez del odio general».

35.—Tolstoi hizo más por la anarquía que todas las barricadas callejeras de las «revoluciones» violentas, timoneadas por el odio social. «Por efecto de las balas solamente, escribe Eliseo Reclus, no se resolverá nunca la más insignificante cuestión social. En la cabeza y en los corazones se ha de hacer antes la transformación».

36.—A mi juicio, el medio más eficaz que poseen los anarquistas es la cultura (periódico, revista, libro, conferencia, charla, etc.)

37.—Debido a que la educación de la infancia está en manos del dominismo (religión o laicismo de Estado), los anarquistas deben prodigarse en pro de una educación racional, antidogmática y libre, de los niños.

38.—Los obreros deben entender que la anarquía no es «clasista», sino humanista. En su programa social no se trata solo del bienestar de la clase trabajadora, sino de la humanidad entera. Si el anarquista critica a las instituciones doministas, ve en los hombres que las defienden a seres ignorantes, propensos a ser educados. Pensad un momento y observaréis cómo los más esclarecidos pensadores del anarquismo, en su mayoría, proceden de las «clases ricas».

39.—Aunque sea la clase trabajadora la que haya aportado numéricamente el mayor contingente de luchadores, no se debe caer en la «obrerolatría». En el odio social de clase a clase. Ni en las luchas exterminadoras entre hermanos, que tales son todos los seres humanos.

40.—Pensad que hay «obrereros» con mentalidad dominista, aspirantes a «mandones» y a ricos, que por un mendrugo decienen «delatores», etc., y, entre los ricos, hay seres bondadosos y comprensivos. Todos los ricos no son «malvados». La cuestión consiste en que comprendan la anarquía tal cual es y no como no es. Ganar para la causa redentora a hombres, no importa la clase económica de donde procedan.

41.—La sensatez de la anarquía se ve en esta declaración de Kropotkin: «Declarándoos anarquistas, de antemano proclamáis que renunciáis a tratar a los demás cual no quisiérais ser tratados por ellos».

42.—Es necesario que se comprenda que la anarquía no está en puertas, lo cual quiere decir que no ha de estarlo nunca. Su advenimiento está en proporción con el desarrollo social humanista del conglomerado humano. Hoy por hoy, asistimos a la contemplación de una humanidad saturada de dominismo. Pero la evolución humanista prosigue su lento y eficaz camino.

43.—El anarquista no se obsesiona, pues, por una «esperanza inmediata». No se apasiona por la exigente «mejora económica». Se es anarquista por sensibilidad, por calma reflexión, por satisfacción propia.

44.—Me parece a mí que uno de los defectos que hay en el llamado «campo anarquista» es la atención total al «economismo» y el cruzarse de brazos sobre la sabiduría ética. Kropotkin escribió en su mocedad «La Conquista del Pan», feneció dejándonos una inconclusa «Ética», lo cual no deja de ser un aleccionador ejemplo.

45.—Si la anarquía no fuera una filosofía de Amor, es decir, de fraternismo sin trabas, no valdría la pena el penetrarse con ella. Los peores enemigos de la anarquía son los salvajes instintos y las ideas de venganza. La «violencia» homicida es un impulso arquista.

46.—¡Que la miseria económica que agobia a los humildes no sea el pretexto para hacer de ellos otros «miserables morales»! Se puede ser un miserable económico y poseer gran riqueza ética.

47.—No se debe imaginar que una «revolución» parcial y precipitada, producirá la anarquía. Se sucederán, sin duda, revoluciones y revoluciones, que son inevitables síntomas de la evolución humanista. Y esto no es nuevo sobre el papel: ya Reclus lo estudió en «Evolución, revolución y el ideal anarquista».

48.—El mundo necesita de educación e ilustración anarco-humanista. Cuando sea poseedor de ella, ni siquiera la sola palanca de Arquímedes será necesaria para el feliz alumbramiento de la anarquía.

49.—La anarquía será la coronación evolutiva y pacífica de las esperanzas humanistas de los seres humanos. Hacia ella se encamina, pues, nuestro lento progreso moral.

50.—El ideal humanista-anarquista se encuentra claramente expuesto por sus mejores adalides (Godwin, Tolstoi, Stirner, Kropotkin, Malato, Proudhon, Tucker, Faure, Malatesta, Rocker, etc.) Hay que reflexionar, pues, sobre las enseñanzas que nos ofrendan, evitando los «irresponsables» excesos de los exaltados que, sin querer probablemente, son también los «enterradores» de la anarquía. «La anarquía es la más alta expresión del orden»...

Vladimir Muñoz



POETAS DE AYER Y DE HOY

La Barca de San Pablo

En la barca de Pablo, ex-santo y hoy banquero,
son tantos los cajones con bulas de cruzada,
es tanto el oro en barras, las joyas, el dinero,
el navío es tan viejo, la carga tan pesada;

las mitras de oro fino, los frailes, las prebendas,
los anillos, las sedas, las púrpuras y encajes,
los platos, los cristales, los vinos, las ofrendas,
los infantes de coro, los monagos, los pajes;

el tropel de canónigos, opulentos, bermejos,
de arqueros, sacristanes, bedeles, incensarios,
y el damasco, el velludo, los bronce, los espejos,
el syllabus, la curia, las horcas, los rosarios,

son tantos; y son tantas las aguas milagrosas
que hoy aun causan el más profundo asombro;
los cardenales y sus queridas hermosas
y el cura Santa Cruz con su trabuco al hombro;

es la orgía pagana, este gran cargamento,
de tal modo atiborran la barca ultramontana,
la impiedad es tan brava cuando la ayuda el viento,
el mar es tan temible, la carga es tan mundana

que la barca de Dios, antaño dirigida
por doce galileos descalzos y desnudos;
ella que atravesaba las ondas de la vida,
sin más faro, Jesús, que tus dos ojos mudos;

la barca que, a través de toda tempestad
arbolando en el mástil su enseña de Esperanza
conseguía llevar a toda la Cristiandad
al puerto ideal de la Bienaventuranza

hoy, al peso cruel de su botín tremendo
la barca de la Iglesia, el coloso ayer fuerte,
zozobrará, Dios mío, con pavoroso estruendo;
¡que lleva en sus entrañas, la causa de su muerte!

GUERRA JUNQUEIRO

Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

Floresta de leyendas heroicas españolas. (Compiladas por Ramón Menéndez Pidal.) Rodrigo, el último godo. Tomo I.

ZORRILLA.—Poesías. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

MELENDEZ VALDES.—Poesías. Prólogo y notas de Pedro Salinas.

GARCÍA GUTIERREZ.—Venganza catalana y Juan Lorenzo. Prólogo y notas de José R. Lomba.

JUAN PABLO FORNER.—Exequias de la lengua castellana. Prólogo y notas de Pedro Sainz Rodríguez.

FEIJOO.—Teatro crítico universal. Tomo III. Prólogo y notas de Agustín Millares.

LOPE DE VEGA.—Poesías líricas. Tomo I. Prólogo y notas de José F. Montesinos.

CALDERON DE LA BARCA.—Autos sacramentales. Tomo I. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

MIRA DE AMESCUA.—Teatro. Tomo I. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

Floresta de leyendas heroicas españolas. Tomo II. Prólogo y notas de Ramón Menéndez Pidal.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—Obras. Tomo I. Prólogo y notas de Jesús Rodríguez Bordona.

MATEO ALEMAN.—Guzmán de Alfarache. Tomo I. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

CALDERON DE LA BARCA.—Autos sacramentales. Tomo II. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

LOPE DE VEGA.—«Poesías líricas». Tomo II. Prólogo y notas de José F. Montesinos.

SAAVEDRA FAJARDO.—«Idea de un príncipe político cristiano». Tomo I. Prólogo y notas de Vicente García de Diego.

LARA.—«Artículos políticos y sociales». Tomo III. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

QUINTANA.—«Poesías». Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—«Obras». Tomo II. Prólogo y notas de J. Domínguez Bordona.

JUAN VALERA.—«Pepita Giménez». Prólogo y notas de Manuel Azaña.

SAAVEDRA FAJARDO.—«Idea de un príncipe cristiano». Tomo II. Prólogo y notas de Vicente García de Diego.

MIRA DE AMESCUA.—Teatro. Tomo II. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

MATEO ALEMAN.—«Guzmán de Alfarache». Tomo II. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

«Floresta de leyendas heroicas españolas». Tomo II. Prólogo y notas de Ramón Menéndez Pidal.

FEIJOO.—«Cartas eruditas». Prólogo y notas de Agustín Millares.

JUAN DE VALDES.—«Diálogo de la lengua». Prólogo y notas de José F. Montesinos.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—«Obras». Tomo III. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

ALONSO VALDES.—«Diálogo de las cosas ocurridas en Roma». Prólogo y notas de José F. Montesinos.

MATEO ALEMAN.—«Guzmán de Alfarache». Tomo III. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—«Obras». Tomo IV. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

BRETON DE LOS HERREROS.—Teatro. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

MATEO ALEMAN.—«Guzmán de Alfarache». Tomo IV. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

*Colección de «Clásicos castellanos»
(antiguos clásicos «La Lectura»)
a 375 francos el volumen*

CASTILLO SOLORZANO.—«La Garduña de Sevilla y anzuelo de las bolsas». Prólogo y notas de Federico Ruíz Morcuendo.

ESPINEL.—«Vida de Marcos de Obregón». Tomo I. Prólogo y notas de Samuel Gili y Gaya.

BERCEO.—«Milagros de Nuestra Señora». Prólogo y notas de Antonio G. Solalindo.

LARRA.—«Artículos de costumbres». Tomo I. Prólogo y notas de José R. Lomba.

SAAVEDRA FAJARDO.—«República literaria». Prólogo y notas de Vicente García Diego.

ESPRONCEDA.—«Poesías» y «El estudiante de Salamanca». Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

FEIJOO.—«Teatro crítico universal». Tomo I. Prólogo y notas de A. Millares.

FERNANDO DEL PULGAR.—«Claros varones de Castilla». Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

ESPRONCEDA.—«El Diablo Mundo». Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

ESPINEL.—«Vida de Marcos Obregón». Tomo II y último. Prólogo y notas de Samuel Gili y Gaya.

LARRA.—«Artículos de crítica literaria y artística». Tomo II. Prólogo y notas de José Lomba.

FEIJOO.—«Teatro crítico universal». Tomo II. Prólogo y notas de Agustín Millares.

MONCADA.—«Exposición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos». Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

SAN JUAN DE LA CRUZ.—«El cántico espiritual». Prólogo y notas de Matías Martínez de Burgos.

QUEVEDO.—«Obras satíricas y fes-

tivas». Prólogo y notas de J. María Salvaterra.

SALAS BARBADILLO.—«La peregrinación sabia» y «El sagaz Estacio, marido examinado». Prólogo y notas de Francisco A. de Icaza.

MORATIN.—Teatro («La comedia llamada Eufemia»). Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

JUAN DE LA CUEVA.—«El infamador», «Los siete infantes de Tara» y «El ejemplar poético». Prólogo y notas de Francisco A. de Icaza.

FERNANDEZ PEREZ DE GUZMAN.—«Generaciones y semblanzas». Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

LIBROS DE ORIENTACION IDEOLOGICA

«El Proletariado Militante», de Anselmo Lorenzo. Dos tomos, 180 frs.

«El Apoyo Mutuo», de Kropotkin, 200 frs.

«Ética», de Kropotkin, 100 frs.

«El Pueblo», de Anselmo Lorenzo, 175 francos.

Giros y pedidos a Roque Llop, 24, rue Ste-Marthe. París (X). C.C.P. París 3308-09.



El libro que deben leer
todos los estudiosos